



NORTE GRANDE

GEOGRAFIA POETICA DE CHILE

# GEOGRAFIA POETICA DE CHILE

---

BANCO DEL ESTADO DE CHILE

DIRECCION DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS



# GEOGRAFIA POETICA DE CHILE

---

NORTE GRANDE

**GEOGRAFIA POETICA DE CHILE  
NORTE GRANDE**

DIRECCION DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS  
Publicación a cargo del Departamento de Extensión Cultural de la Biblioteca Nacional

BANCO DEL ESTADO DE CHILE  
Departamento de Publicidad del Banco del Estado de Chile

En este Proyecto han participado:

Gonzalo Catalán B.  
Bernardo Jorquera R.  
Juan Le-Bert M.  
Micaela Navarrete A.  
Mario Andrés Salazar C.  
Mario Solá S.

con la colaboración de Alfonso Calderón

Edición:

Editorial Antártica S. A.  
Isabel Margarita Aguirre V.

Diseño y Composición Gráfica:

Editorial Antártica S. A.  
Isabel Margarita Aguirre V.  
Paulina Labarthe P.

con la colaboración de  
Carmen Julia Aguirre V. y Ana María Costa C.

Fotografías:

Bob Borowics, Mario Irrázabal  
Juan Meza Lopehandía, Nicolás Piwonka,  
Colecciones de la Biblioteca Nacional

Impresión:

Editorial Antártica S. A.

Edición de 3.000 ejemplares

© Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos. Inscripción Nº 79473

Derechos Reservados para todos los países

Primera Edición: 1991

Santiago, Chile

**D**entro de las responsabilidades que tiene la empresa, especialmente las estatales, se cuenta la de contribuir al desarrollo cultural de la sociedad en que está inserta. En este ámbito, altamente satisfactorio por lo demás, la dificultad de la misión consiste en seleccionar proyectos que representen un mayor aporte al enriquecimiento cultural de la comunidad.

Pocas veces ocurre que un proyecto reúna tantas cualidades en este sentido como para no dudar en apoyarlo, como ha sido el caso de la Geografía Poética de Chile, que el Banco del Estado de Chile se complace en presentar.

En efecto, siendo la poesía la expresión artística más reconocida de nuestra cultura y el paisaje chileno un privilegio de la naturaleza, fuente inagotable de inspiración para el poeta, la reunión de ambos elementos deviene en una obra de gran significado. La presentación del paisaje nortino a través de la poesía eleva nuestra mirada a la posición que sólo el talento artístico es capaz de develar, al explicitar la relación del poeta con su entorno geográfico.

Por todo ello, el Banco del Estado de Chile se enorgullece de haber hecho posible la realización de este libro, en la certeza que constituirá un valioso aporte a la difusión de la cultura nacional.

*Andrés Sanfuentes Vergara  
Presidente, Banco del Estado de Chile.*

**L**a vasta soledad del desierto ha ejercido siempre una extraña sugestión en el hombre.

Aislada entre las fuerzas de la naturaleza, la criatura humana ha sentido allí la presencia de espíritus animistas, la proximidad de los dioses o el acecho de los demonios. Palpó su dimensión insignificante en la cosmogonía, abrumada por el demonio del sol o mientras observó el mensaje vacilante de las estrellas en el frío de la noche. Creyó adueñarse de la libertad, cuando sólo se hacía más esclava, y sintió la belleza dramática del paisaje que muy pocos podían contemplar.

Los hombres llegaron en el merodear de la tribu, en busca de recursos, y se aferraron a los oasis para vivir. No había otra geografía más amable y desplazados por grupos poderosos, debieron conformarse con la aridez para construir su mundo.

La pobreza del medio no fue un obstáculo para arraigar, porque el desafío de la naturaleza se respondía con un esfuerzo inteligente que descubría el agua entre arenales, la administraba con avaricia y hacía surgir un verdor dudoso en terrenos estrechos. Unos cuantos animales, sobrios en su pobreza, eran compañeros de la aventura, mientras hombres y mujeres de pies curtidos marchaban pacientes para ir a recoger algunos frutos lejanos o intercambiar sus escasos bienes con otros grupos.

Hubo senderos sutiles, grabados en la mente más que en el suelo, y cada montaña, hondonada o roca formó parte de largos itinerarios para alcanzar un manantial de lento murmullo o una aldea terrosa, sumida en el panorama como excrecencia de cascajos.

El desierto no rechazó al hombre. A pesar de su aspereza, dejó que extendiese su voluntad, escarbase en la tierra con sus manos quebradas para hacer brotar vegetales y hurgar en las entrañas de rocas en busca de metales. La tragedia del hombre en las tierras yermas no se debió a la naturaleza, sino al hombre, que en oleadas sucesivas llevó dominaciones de técnica más avanzada, que aplastaron a los primeros pobladores.

Frente al panorama, ayer como hoy, el hombre común, el escritor y el artista han sido cogidos por la magia de las pampas y cerros, los colores cambiantes, la existencia furtiva de las sabandijas, de las aves y los auquénidos. También han escuchado el silencio de su pobre gente, desde hace siglos abandonada de sus dioses.

*Sergio Villalobos R.  
Director de Bibliotecas, Archivos y Museos.*

# EL PAISAJE

---

Alguien se preguntará entonces para qué el viento,

para qué el hombre, para qué la vida,

y quién podría responder sino la tierra?

*Mario Babamonde*



Cierto lugar del mundo recibió como destino una costra terrestre despojada de toda gracia vegetal y de toda ternura de agua. Esta región es más calva, si cabe, que su cordillera vecina y hace una rara pausa o paréntesis de vacío entre dos zonas fértiles. Su color es de un pardo blanquecino y desabrido, cuando no es una reverberación de sol. Su aire se reseca tanto que rompe la roca o el caliche en cascajos ; su tacto es como el de la bestia enferma, una pelambre de jaramagos a medio quemar. Toda ella parece el engendro de un aguafortista calenturiento. Sólo alzando los ojos se encuentra, como alivio de esta penitencia, el cielo azul, enjuto y puro, don de su misma sequedad, y hay en



su altura de meseta la calidad tónica que violenta y fuerza el organismo para que dé todo de sí, pero que lo deja a la larga fortificado por la prueba. Nuestro pampero dice, en elogio de su desierto implacable: “Aquí ni los muertos se pudren”. Y así es: Sal y aire seco conservan los cuerpos como los sacerdotes del Dios Rah conservaban el de los Faraones. El hombre vivo, con más razón, no toca ni aspira podredura en ese ámbito de pureza tremenda de la Pampa Salitrera. La sal es una especie de genio protector que preserva a su hombre de la decadencia y la degeneración, y esta realidad del Salitre vulgarísimo vale por el más bello mito.

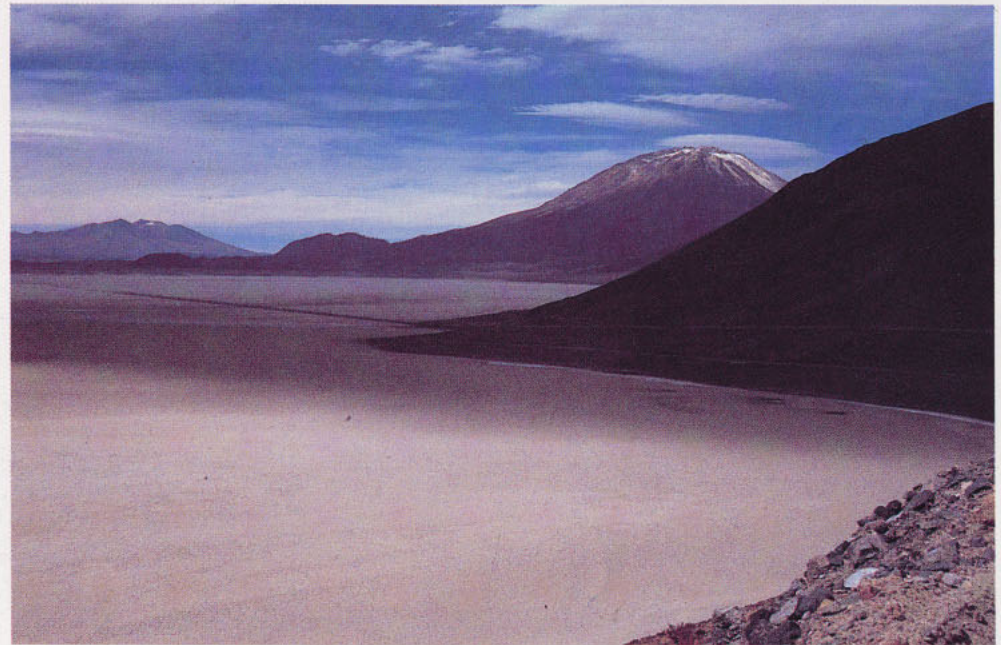
El grumo salino, feo y gris, guarda el secreto o sésamo de la fertilidad, y lo ofrece a las tierras paupérrimas, desnutridas o envejecidas, que afligen al planeta. Aquel desierto tendido en una extremidad del mundo viene a resultar el padre de la mejor cosecha de trigo en el Egipto, o dobla los racimos en las cepas italianas, o rehace el limo anémico de las hortalizas en cualquier granja europea. La pampa salitrera paga con su desgracia, como santo penitente, el logro de los hombres cuya cara no ha visto nunca, y un poeta podría llamarla el *Cristo desnudo de la tierra*.





Norte, llego por fin a tu bravío  
silencio mineral de ayer y de hoy,  
vengo a buscar tu voz y a conocer lo mío,  
y no te traigo un corazón vacío:  
te traigo todo lo que soy.

**E**l duro mediodía de las grandes arenas  
ha llegado:  
el mundo está desnudo,  
ancho, estéril y limpio hasta las últimas  
fronteras arenales:  
escuchad el sonido quebradizo  
de la sal viva, sola en los salares:  
el sol rompe sus vidrios en la extensión vacía  
y agoniza la tierra con un seco  
y ahogado ruido de sal que gime.







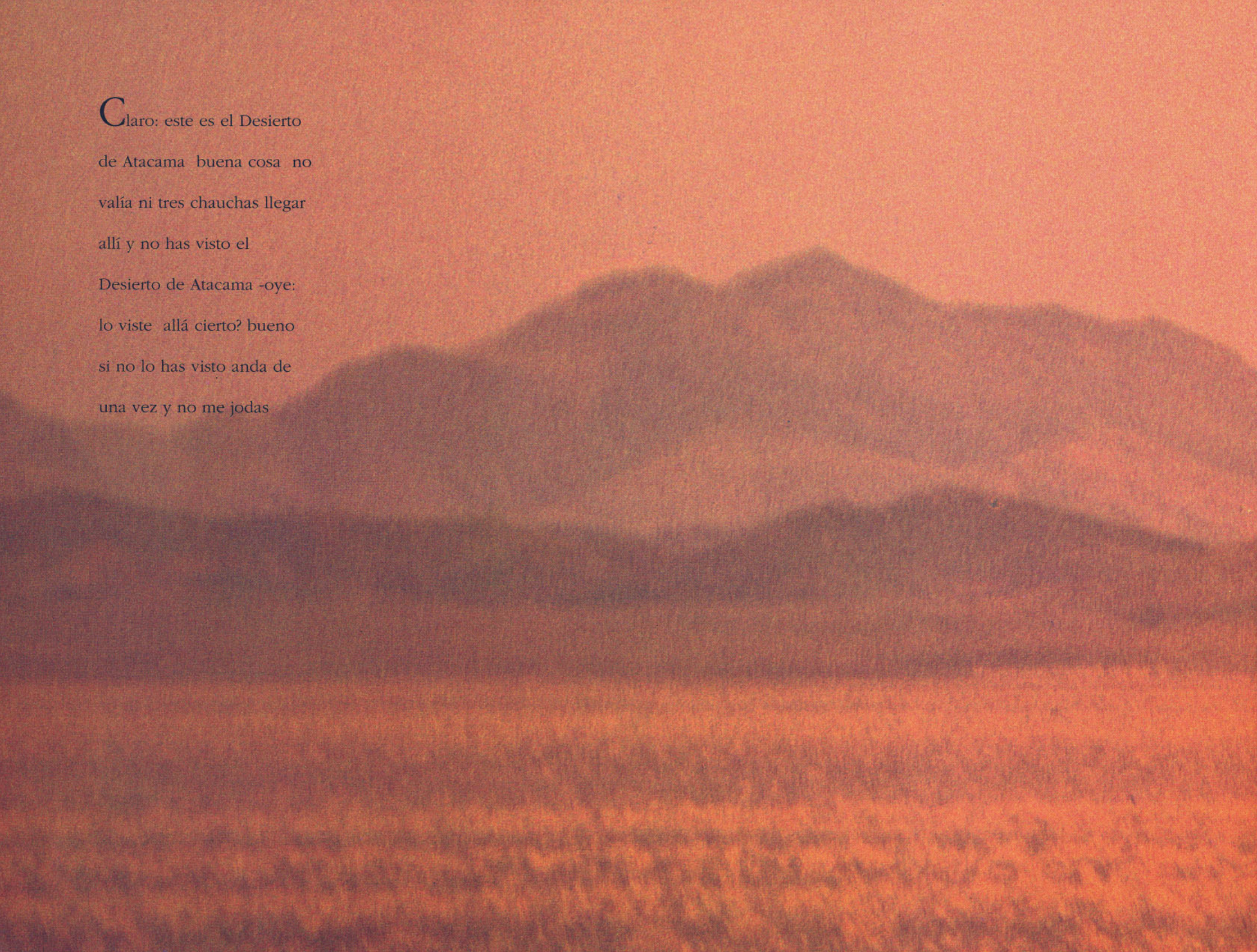
Los salares son algo verdaderamente sorprendente; ellos están ubicados allí en donde el mar ha tenido su lecho en otro tiempo, el cual ha desaparecido por efecto del solevantamiento del suelo. Las aguas que quedaron encerradas entre las serranías que forman los flancos de la Pampa, sometidas a la influencia del sol, dejaron por la evaporación, inmensas cantidades de sal i no menor copia de pescados i moluscos, que el tiempo ha convertido en cal i greda, según la opinión de los jeólogos.

Estas sustancias, mezcladas a la tierra del fondo, al sulfato de soda nativo i sometidas a la acción del calor, del viento, de la humedad, de las nieblas o *camanchacas* i del tiempo, quién sabe por cuántos siglos, han formado concreciones duras, empedernidas i de mil formas diferentes o caprichosas. El terreno está por eso resquebrajado; masas de todos tamaños se ven revueltas en hacinamientos infinitos y variados. (...)

La intelijencia se ofusca en presencia de este fenómeno i no acierta por eso a hacer otra cosa que admirar i no a describir, porque para toda descripción es impotente.



Claro: este es el Desierto  
de Atacama buena cosa no  
valía ni tres chauchas llegar  
allí y no has visto el  
Desierto de Atacama -oye:  
lo viste allá cierto? bueno  
si no lo has visto anda de  
una vez y no me jodas





Helo allí Helo allí  
suspendido en el aire  
El Desierto de Atacama

i. Suspendido sobre el cielo de Chile diluyéndose  
entre auras

ii. Convirtiendo esta vida y la otra en el mismo  
Desierto de Atacama áurico perdiéndose en el  
aire

iii. Hasta que finalmente no haya cielo sino Desierto  
de Atacama y todos veamos entonces nuestras propias  
pampas fosforescentes carajas encumbrándose en  
el horizonte

*Raúl Zurita*

LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF CALIFORNIA  
AT BERKELEY





La pampa da una sensación de soledad, de abandono. El forastero se siente desamparado. Llanuras interminables, encarrujadas como un oleaje petrificado, con los penachos de espuma de la sal sobre sus crestas. Polvo y calor desde que el sol asoma en el horizonte. Sentados en la cabina del camión, o de pie en la plataforma del tren, los ojos tristes repasan el paisaje uniforme, el páramo dilatado donde los tamarugos alzan sus brazos nervudos. Al lado, la mula del arriero tapa el arbusto. Y estos vegetales muestran sus ralas ramazones en una extensa superficie. Es la Pampa del Tamarugal, la pampa que saliendo de Tocopilla tiende su malla barroca hacia el norte y se detiene en la Tirana, en Pozo Almonte, en los alrededores de Tarapacá, antiguo caserío indígena dormido en el tiempo, católico y supersticioso, con mujeres que atisban por las rendijas y se santiguan cada vez que el clérigo echa a volar las campanadas admonitoras.

**L**as piedras del desierto de Atacama no tienen parecidas en toda la redondez de la tierra: las hay chicas y grandes, con sus partes expuestas al aire del páramo, bruñidas por el roce, redondeados los cantos y chaflanados; las hay también de todas las formas: planas, redondas, aportilladas, filudas e irregulares. Unas pegadas al suelo, al ras de la superficie y tan delgadas que no resisten la más leve presión sin desintegrarse y reventar; otras alanzadas, tomando la forma de un espolón por el lado expuesto al viento; unas aportilladas de lado a lado por la obra infinitesimal, pero tenaz como una carcoma, del trocito de cuarzo aprisionado en una anfractuosidad; otras, por fin, mostrando al viento sus cuencos vacíos, clavados en la eterna amenaza que pende sobre el horizonte y que ha de descargarse sobre ellas en cuanto el sol empiece a subir de nuevo por el cielo. Rocas, peñas sueltas, desgastadas, semi sepultas y fantásticas forman el ejército desbandado que tupe la gran superficie; guijarros inverosímiles que, a la caída del sol sobre el horizonte inflamado, llenan la pampa de sombras arrastradas que hacen pensar con angustia en las planicies petrificadas de ultramundos silenciosos y lejanos, apenas concebidos por la mente humana y temidos como una maldición.

22      Hundido el sol, la monstruosa decoración cambia paulatinamente, como manejada por una mano sabia en efectos inéditos. La pampa empieza a mancharse lentamente y a inundarse de sombras violáceas, dejando sobre la lejanía, como mancha maravillosa de color, la paletada rojiza o cárdena de los cerros y montañas de la Puna. Púrpura, granate y violeta en gradación infinitamente débil y como estampada, casi imperceptible en sus gamas. Y arriba, y atrás, sobre el enorme telón todavía nítido del cielo, el gris diario, transmutándose poco a poco en celeste, en añil, débil primero, y más y más cargado después, hasta hervir en los ojos, mientras abajo, en la llanura, el amoratado domina en una sola y grande inundación de tinta que torna lóbrego el pensamiento y llena al alma de una infinita angustia.

Y luego la noche, la tiniebla esclarecida de la planicie, quieta, transparente y única, acusando en la lejanía la silueta fantasmagórica de las montañas negras y azules de la Puna, transidas de frío y de soledad.





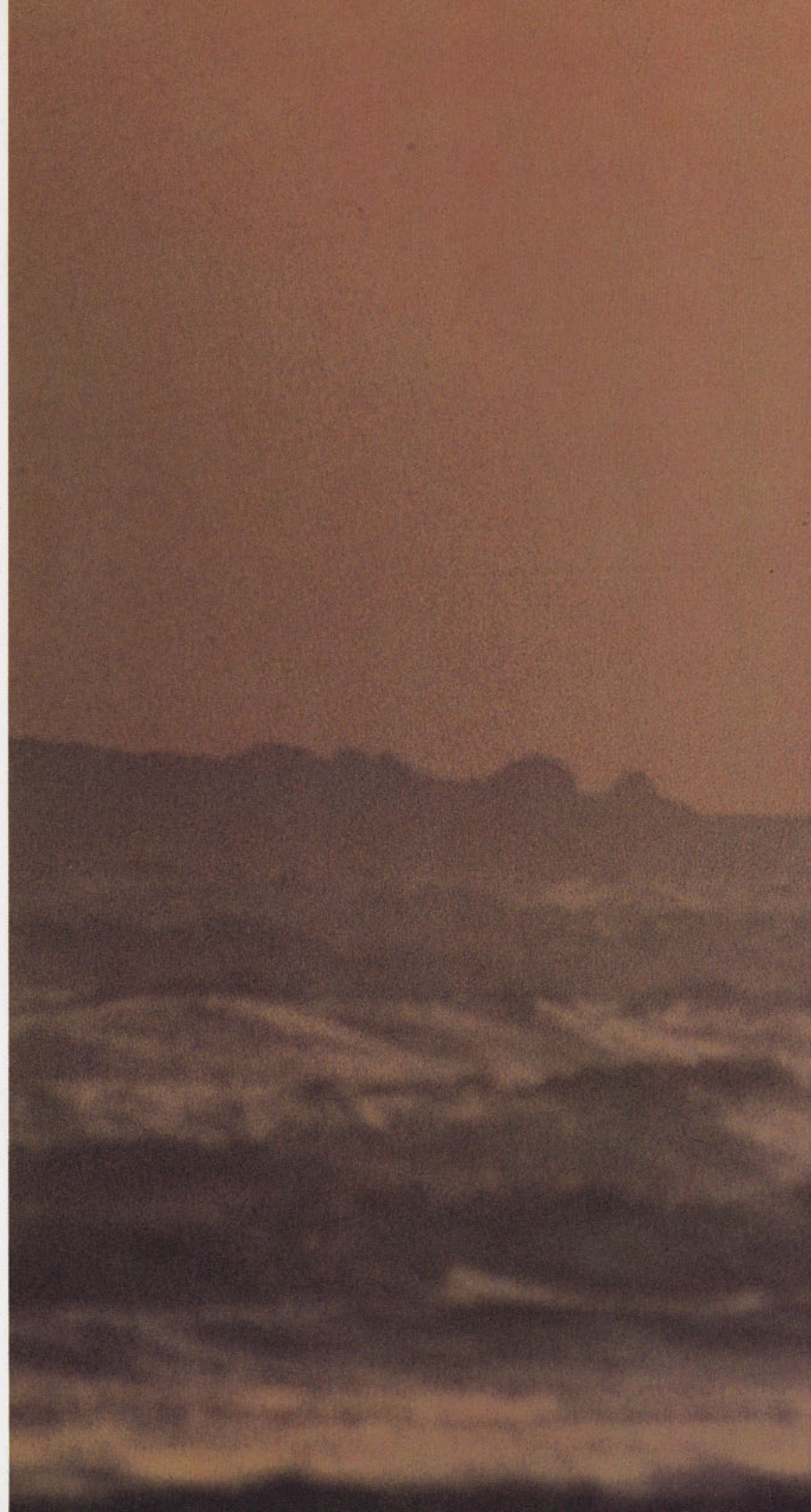


**M**ar del Norte, hijo del sol, cuya verde entraña se torna nieve espumosa al romperse en los grises acantilados, muro del desierto ubérrimo. Mar rayado por el vuelo negro de los yecos y el pestañeo de las garumas y roto por la daga de las albacoras.

Si las aguas fueran transparentes hasta dejarnos ver el fondo, nos cogería un vértigo tan horrible, que nadie se arriesgaría a navegar por ellas. Sería como abrir el Aconcagua en dos y luego asomarse sobre el corte.

Porque no debemos olvidar que el fondo del mar en estas regiones está formado por una fosa de 5.000 metros que recorre la costa desde Valparaíso hasta Pisagua. Su ancho medio es de 120 kilómetros.

Frente al puerto de Taltal -como si los 5.000 metros no fueran una profundidad suficiente- el fondo bajó bruscamente a 7.635 metros. Es simplemente pavoroso. Pero como dice el refrán: "Ojos que no ven, corazón que no siente". El turista apoyado en la barandilla del barco mira distraído la barranca interminable, contempla un momento el mar profundo, y tira su cigarrillo desde siete mil metros de altura, hastiado de tanta monotonía.











Un sucederse de cerros muertos, fantásticamente policromados de verde, rojo y azul, es la costa del norte hasta las cercanías de Coquimbo.

En vano un sol bruñido y siempre presente moja las deshollejadas jorobas con las lloviznas de oro de sus rayos.

Salvo en los oasis del interior, Pica y Chiuchiu, la tierra no responde al agobio fecundador de su luz.

Gris en las camanchacas matinales, de una rojez de greda quemada en la limpieza de los prolongados atardeceres, dormitan esos cerros, en cuya entraña se han cuajado los metales más ricos de la tierra sin que turbe su modorra el más mínimo signo de vida.

El vuelo blanco de gaviotas y garumas y el lento desfile de los alcatraces a lo largo de la costa, pone allí una nota de movimiento y el mar barnizado de sol, hirviente de peces, es más acogedor y menos hosco que ese muerto encadenamiento de ondulaciones, chorreadas de sal.

**E**sta cordillera, de faldas interminables, la cortan hondas quebradas, donde blanquean pedrones cenicientos y retorcidos trozos de cuarzo, que producen la impresión de dispersos esqueletos de ríos muertos.

**C**ordillera de los Andes,  
Madre yacente y Madre que anda,  
que de niños nos enloquece  
y hace morir cuando nos falta;  
que en metales y que en amiantos  
nos aupaste las entrañas,  
hallazgo de los primogénitos,  
Mama Oello y Manco Cápac,  
tremendo amor y alzado cuerno  
del hidromiel de la esperanza!

*Mariano Latorre*

Jadeadora del Zodíaco,  
sobre la esfera galopada;  
corredora de meridianos,  
piedra Mazzepa que no se cansa,  
Atalanta que en la carrera  
es el camino y es la marcha  
y nos lleva pecho con pecho,  
a lo madre y lo marejada,  
a maná blanco y peán rojo  
de nuestra bienaventuranza.

*Gabriela Mistral*



El Tacora constituye la porción más ostentosa del suelo ariqueño. El viajero que llega al puerto por barco lleva sus ojos del Morro, cabecera modesta de las estribaciones montañosas de la costa, a ese macizo andino que parece un pilar del firmamento. Se lo ve desde la pampa de Chaca, viniendo del sur por carretera. Acompaña a los que visitan Tacna, pues se acercan a su visual con aladas ruedas. Desde el cerro del Marqués



sorprende su dominio absoluto del panorama orográfico. Sigue con curiosidad los esfuerzos de los convoyes ferroviarios, que orillan sus faldeos para trepar a Bolivia. Mira en un mismo plano los aviones que arriban de Santiago o cruzan a La Paz. No le atormenta la envidia por la mayor altura de los Payachatas, el Sajama o el lejano Guallatire, porque tiene la ventaja de su vistosa ubicación. Ella le da derecho a presidir la academia de los volcanes de la zona. Sus 6.013 metros lucen más que las alturas superiores de sus congéneres.

En las tempestades de verano se le encara el Caracarane, informe montaña que es un criadero de rayos. El Tacora

responde violentamente con poderosas centellas para neutralizarlo, como si quisiera proteger el ferrocarril que pasa, entonces, bajo un dosel de fuego cósmico enloquecido. Es un gigante bondadoso, amigo del hombre. Se deja sacar de sus entrañas los tesoros minerales que encierra, con la tranquilidad de una vaca a quien ordeña una tímida pastora.

**E**l Payachata levanta su cumbre nevada por sobre las colinas que protegen el caserío y las lagunas. Parece estar a la expectativa de la aparición de las garzas para disfrutar de sus raudos vuelos en la nitidez de la atmósfera. A veces se entretiene, pesaroso de su inmovilidad, y manda rachas de hielo que endurecen las lagunas y apresan las extremidades de las aves zancudas. Ellas se quedan imperturbables sobre su pata congelada, esperando que el Padre de la Luz venza al Padre de la Nieve. Pero ¡ay de ellas! si el cazador las atisba:

*“Ocultarme no puedo,  
suya es mi vida,”*

dirán como en la endecha del “Pajarillo errante”.

Esta cumbre del Payachata tiene, además, el prestigio de una leyenda imperial. En ella, se asegura, está escondido el tesoro de los incas que se salvó del rescate de Atahualpa, esto es: las estatuas de oro de los monarcas, que adornaban los nichos del templo del Sol,

en El Cuzco; las de plata de las reinas, del santuario de la Luna, y multitud de otras riquezas que no se mencionan en las historias. Cuando la montaña está escasa de nieve, lo que ocurre raras veces, se ve perfectamente la escalinata que fabricaron los siervos del inca para sepultar las riquezas de su amo en el cono medio truncado del volcán.









**R**evestido todo el invierno y encapuchado de nieve casi todo el verano, tiene más vida que si arrojara humo y lava. A cada instante, a lo largo de nuestras andanzas, encontramos su gesto inmutable, afirmación de no sé qué fatalidades cósmicas; pero en la tarde abandona su severidad y se entrega a una fascinante fiesta de colores. Lentamente, su inmenso cono gris va revistiéndose de un amarillo diáfano. Ya el Licancabur no es de piedra, ya no pesa sobre el planeta. Poco a poco ese amarillo se va haciendo más vivo, derivando hacia el rosa con una delicadeza de tonos pastel, pero el rosa no tarda en tomar fuerza para transformarse al fin en rojo ardiente, que no parece proyectado sobre la montaña, sino transparentarse desde su interior. El volcán es un fanal de posición a babor del planeta... Pero no permanecerá encendido toda la noche: arteramente empieza a remontar desde el valle un azul, tenue al principio, denso después. Trepa por la base del cono, a cada segundo más veloz, más profundo, hasta que extingue el último destello de la cima. La fantasmagoría no ha durado sino algunos instantes, pero ha resumido todos los milagros de la luz. Envuelto en su oscuro azul, el volcán se entrega a la noche.



**E**s una mañana del comienzo vacilante del verano. O del vacilante fin de la primavera. Aquí en el norte uno nunca lo sabe bien: no hay estaciones, sólo meses. Noviembre es un mes de primavera, pero uno en noviembre puede nadar en las tibias aguas del mar, después de asolearse por horas en las arenas, como en verano. No hay estaciones. Hay sólo días. Días más o menos nubosos o ventosos, más o menos cálidos, pero ellos están distribuidos a lo largo de todo el año. Estadísticamente, acaso hay más días nubosos en julio que en octubre. Estadísticamente.

Pero uno puede vivir todo un julio de días brillantes, de esplendor solar, de fuego áureo. Días sin viento, días para enamorarse, matar, jugar en las playas a que el verano ya llegó; días para cantar hasta enronquecer. A veces, no muchos, aun días para llorar o recordar.

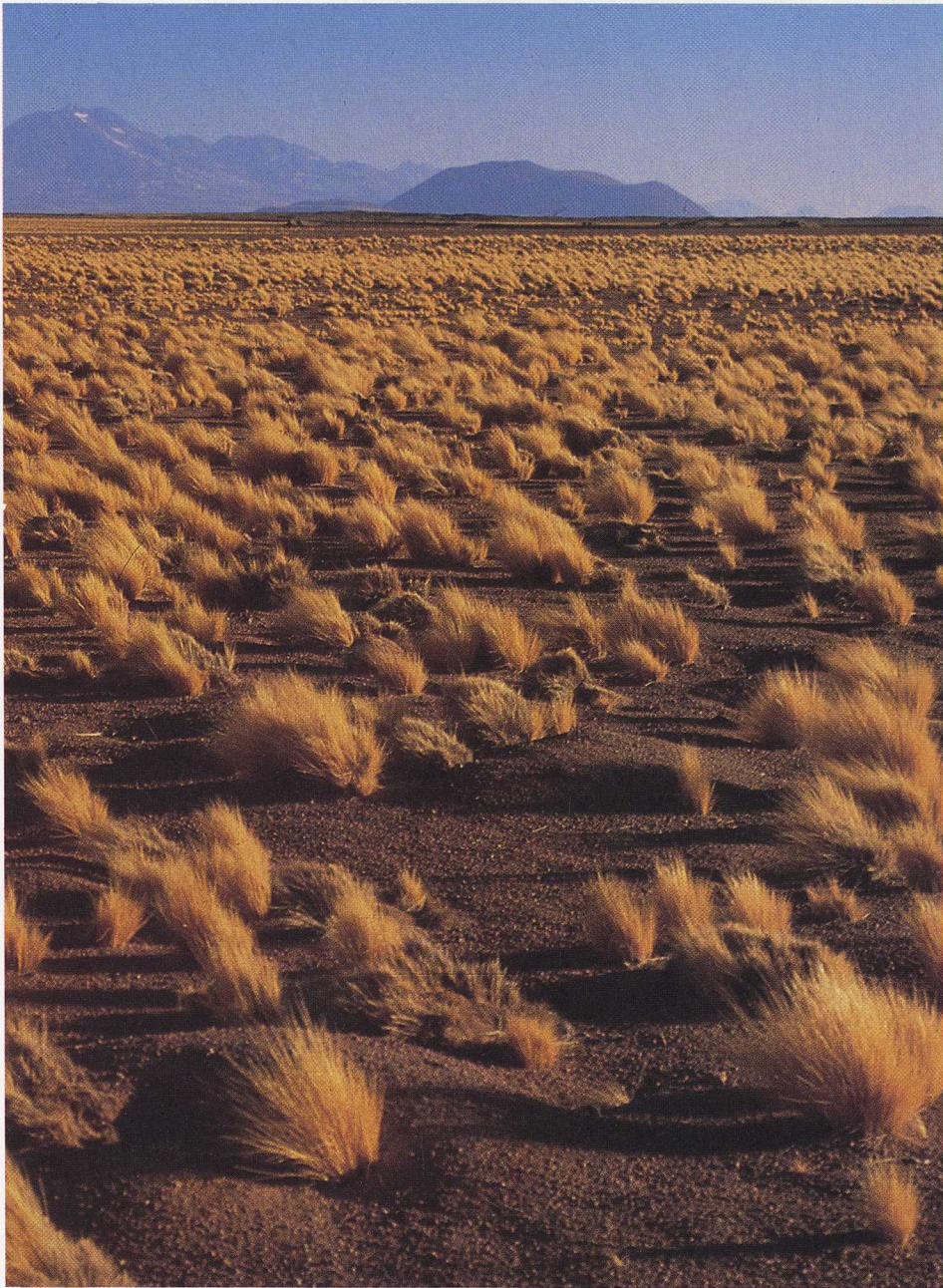
Así, uno se encuentra caminando en una mañana del fin teórico de la primavera, tibia, con el sol abierto como otra flor ígnea por encima de las coronas del inca, una flor con millones de pétalos ardiendo en el alto cielo azul límpido. Los manzanillones exhiben el oro de sus estambres bajo los esbeltos y rubios aromos de los jardines. El aire huele a océano recién creado; a peces vivos; a estrellas de mar compactas y asesinas; a flores sumergidas; a erizos recién abiertos; a tierra seca, viva, arisca. Y hacia el oído de uno cae el ruido de las aguas interminables, destrozadas del mar, y hacia los ojos de uno vienen los jirones de los velos de novia de sus espumas (...) Uno camina y piensa en que en Cautín puede llover a cántaros; en Chiloé el océano puede bramar con furia, azotado por el viento y las agujas del agua del cielo; en Santiago la nieve puede cubrir las cordilleras hasta los extremos de la ciudad, blanca, pesada, fría. Oh, y en Valparaíso pueden las aguas del océano volcar embarcaciones, hundir remolcadores, trepar sobre los débiles diques y romper las aceras pavimentadas, arrastrando adoquines, piedras canteadas. Pero aquí, en la ciudad del salar grande, no hay lluvias ni nieve ni fríos ni tempestades; a veces sólo hay nubes plomizas, bajas, unas nubes que parecen ser accesibles a nuestras manos con sólo subir a un campanario o trepar a un pimiento, hundiéndonos en su algodón suave, en sus alas de agua.

...la pampa, amplia, desmantelada, abierta, borrosa, perdida hacia el confín en una gran línea pareja, inmóvil, como proyectada sobre el infinito, y, sobre la extraña planicie, el eterno verano monstruoso de la pampa, ríspido, seco y enloquecedor, cayendo desde el sol en una sola, grande y continuada oleada de fuego, sembrando en todas partes la sequía y la muerte. Ni una brizna, ni una gota de agua; todo a lo ancho, de confín a confín el vasto campo eccematoso, emparejado a medias por el incansable y tétrico flautista del desierto, el viento.

En los días claros, tranquilos, cuando el viento parece descansar de sus fatigas, la pampa yace aletargada en el gran bochorno de la atmósfera: permanece quieta, lacia, extendida, mostrando en toda su amplitud la indolencia y la pereza (...) Hasta que, de repente, rajando el flanco oscilante de la copa del cielo, aparece en la lejanía la primera nube de arena, pequeña en un principio, y luego más y más grande y cercana, perseguida de cerca por otras, empenachadas de furia, como un batallón de serpientes en son de ataque. Más tarde el desfile se hace desenfrenado, como el galope de una manada de potros salvajes, agitándose locamente en el espacio, olisqueando el aire, enloquecidos por la libertad, sedientos, atravesando la llanura en un gran torbellino inmenso, impetuoso, arrastrando tras de sí el penacho veloz de una gran columna gris que sube hacia el cielo en remolinos y que concluye siempre por derramarse sobre el desierto hasta cubrirlo en su totalidad como con un gran manto de gasas. Gasas locas, veloces, envolventes, implacables como un azote, que resbalan sobre el suelo, y reptan y saltan y lo pulen y lo gastan, dando nueva faz al llano en cada giro y creando sobre su lomo topografías absurdas, constantemente nuevas y constantemente iguales: montones, faldeos, dunas y dunas.... Y arriba, eternamente, como el ángel tutelar de la borrasca, el disco amarillento del sol, inmenso e inmóvil, apareciendo y desapareciendo tras la nublada como un foco pendiente en mitad del gran dombo gris del cielo.



*Andrés Garafulic*



A las tres de la tarde sopla el viento del demonio. Sopla el viento y gira sobre sí mismo como un perro enloquecido. Corre sobre la pampa levantando torbellinos de arena y polvo y piedrecilla.

Desde lejos, se le ve muerto de sed. Como una columna satánica, fina, blanca, altísima, que soporta al cielo y que anda, de uno a otro punto cardinal, apuntalando aquí, allá o acullá alguna nube que está a punto de caer deshecha en lluvia o en granizo.

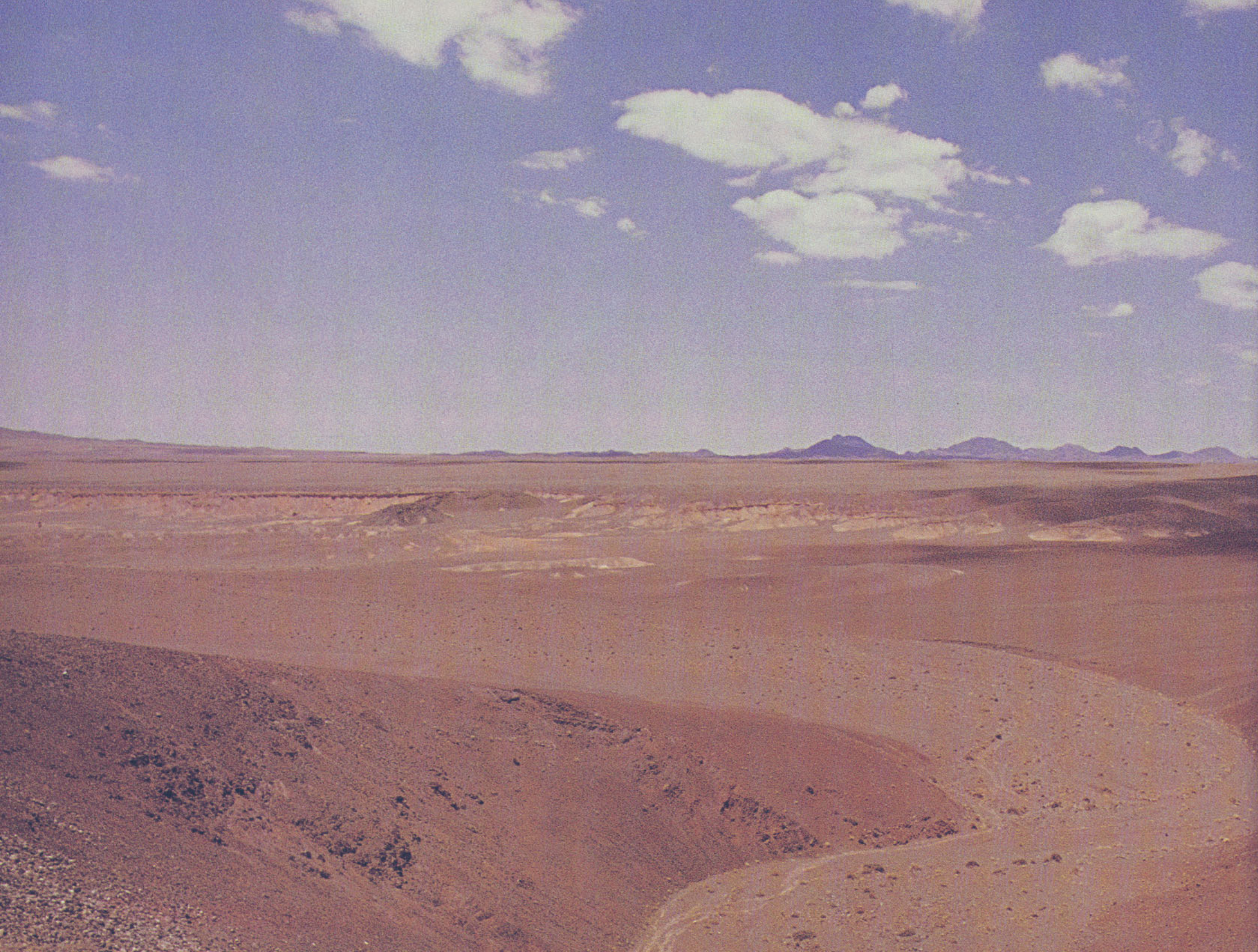
Y lo hace bien el maligno. Estas tierras desoladas jamás conocen los dedos de la lluvia, el plomo del granizo, las plumas de la nieve.

Gira sobre sí mismo y corre. Gira sobre sí mismo levantando papeles, polvo, salitre. Y se lanza sobre el pueblo y los niños corren a su lado haciendo la señal de la cruz para espantarlo. Pero él gruñe. Se enreda entre los hilos del telégrafo. Sacude las cañas que nos dan precaria sombra. Oculta al sol. Caliente, perverso. Viento del desierto y de la angustia. Viento de la soledad.



Saltimbanqui de la Pampa,  
trompo del viento, cucarro,  
que saltas, corres y giras  
y al cielo subes, bailando,  
sin que tu púa se aleje  
del lomo gris de los llanos.

Maestro de las maromas,  
trapecista del espacio,  
¿dónde, di, está la cuerda  
que te impulsará en el salto?





Corre un río de arena, corre.  
Corre tendido en el tiempo, corre.  
Corre sin correr, detenido,  
como si corriera y no corre.  
Embalsamado y muerto.

Corre sin agua, sin raíces ni piedras.  
Con sólo arena que no baja ni sube,  
que parece correr y no corre.

¡Oh! Río tendido por la muerte,  
seco de agua, mojado de pura arena.  
Cuándo, cuándo te detuviste  
y entraste a este plomizo féretro?  
Cuándo te pusiste la mortaja  
y te quedaste, sábana seca,  
espada tortuosa, caliente y seca,  
gris, blanca y gris, amarilla, muerta,  
muerta toda, manchada apenas,  
espolvoreada de peñascos negros?

*Ernesto Murillo*







Sobreviven hilos de agua, los de la quebrada de Camarones, por ejemplo, que logran llegar a la costa en algunos inviernos, y un río, el Loa, *luu* en quechua, el que almuerza, que nada tiene que ver con su característica de hoy, salvo que en los tiempos incásicos sus maizales sirviesen de alimentación a los grupos de indios que bajaban del altiplano a la costa.

El Loa nace a cuatro o cinco mil metros de altura, de un ventisquero y cruza el desierto hasta el mar, en un curso ondulante y anémico.

En sus aguas cristalinas se ha disuelto la sal de las tierras salitrosas que atraviesa, pero a pesar de eso son fecundas y dos rayas verdes, las paralelas de sus orillas, marcan su curso, como si quisieran aislarse del mundo muerto que el destino de la tierra les señaló.

44

**E**n su largo y curvo vía crucis, desde la cordillera hasta el mar, el Loa juega a vivir peligrosamente, a andar entre el ser y el no ser. Pasa por pampas de arena y de sal que lo vampirizan y en lo hondo choca con la piedra y la arcilla que lo vuelven a vomitar. Es agua puesta a vivir vida heroica, que siempre es un pasar por la muerte hacia la transfiguración. Y por si fuera poco este vivir siendo y no siendo que la naturaleza le impone, durante su trayecto lo coge el salitre y le abrasa la entraña en los hornos y bateas disolventes; el cobre lo hace trizas en chancadoras y molimientos, le envenena la linfa con el ácido y le perturba el ser con el voltio. Y aún después, las ruedas supliciales de las turbinas lo atrapan de nuevo para enloquecerlo con sus vértigos, para pulverizarlo en sus giros, y otras máquinas lo desintegran en el vapor para volver a reintegrarlo en la condensación, sin otras evasiones que las que mínimamente le consienten las pérdidas de energía. Alguna vez aprovecha esta etapa de vida presionada y contrahecha para salir al aire protestando y lanza, con voz de pitos y sirenas, esa larga queja dramática de mártir que ya no puede más, ululando por las pampas... Bestias, gentes y plantas lo beben y lo desbeben; se hace tallo, hoja, tronco, pelambre, jugo de músculo y despega el gualdrapeado que la tierra dinamitada deja en la piel del minero y se hace luego caricia y sostén por el juego ornamental del nadador en la piscina... Sale de todos estos martirios y se sana de zarpazos y cardaduras en largos silencios mudos de leguas y desapariciones, para ser atrapado de nuevo, cada vez que se dispone a seguir haciendo vida de río, por otros hombres que han de herirlo con nuevas torturas. Por donde pasa su menudo y alegre caudal visible, se nota su generosidad invisible por las aguas que van, humildes y solícitas, penetrando los poros hondos y distantes, para salvar troncos y briznas que se aventuraron hasta el borde del desierto, donde la arena y el guijarro abren sus fauces candentes.

Cuando ya no quedan restos de él, cuando pareció haber dado en su enterramiento final en la implacable sed de los arenales, se descubre desde el aire su desenlace compensador y magno. Después de haber discurrido leguas y leguas de trabajosa paz y amenazada andadura por la tremenda Pampa del Tamarugal, aparece a la altura de la Punta Falsa Chipana hendiendo el desierto en dos, en grandiosa cisura planetaria, para lanzarse gritando al libre mar como un atleta desnudo. Y ésta es, después de sus mil muertes, su gloriosa transfiguración.

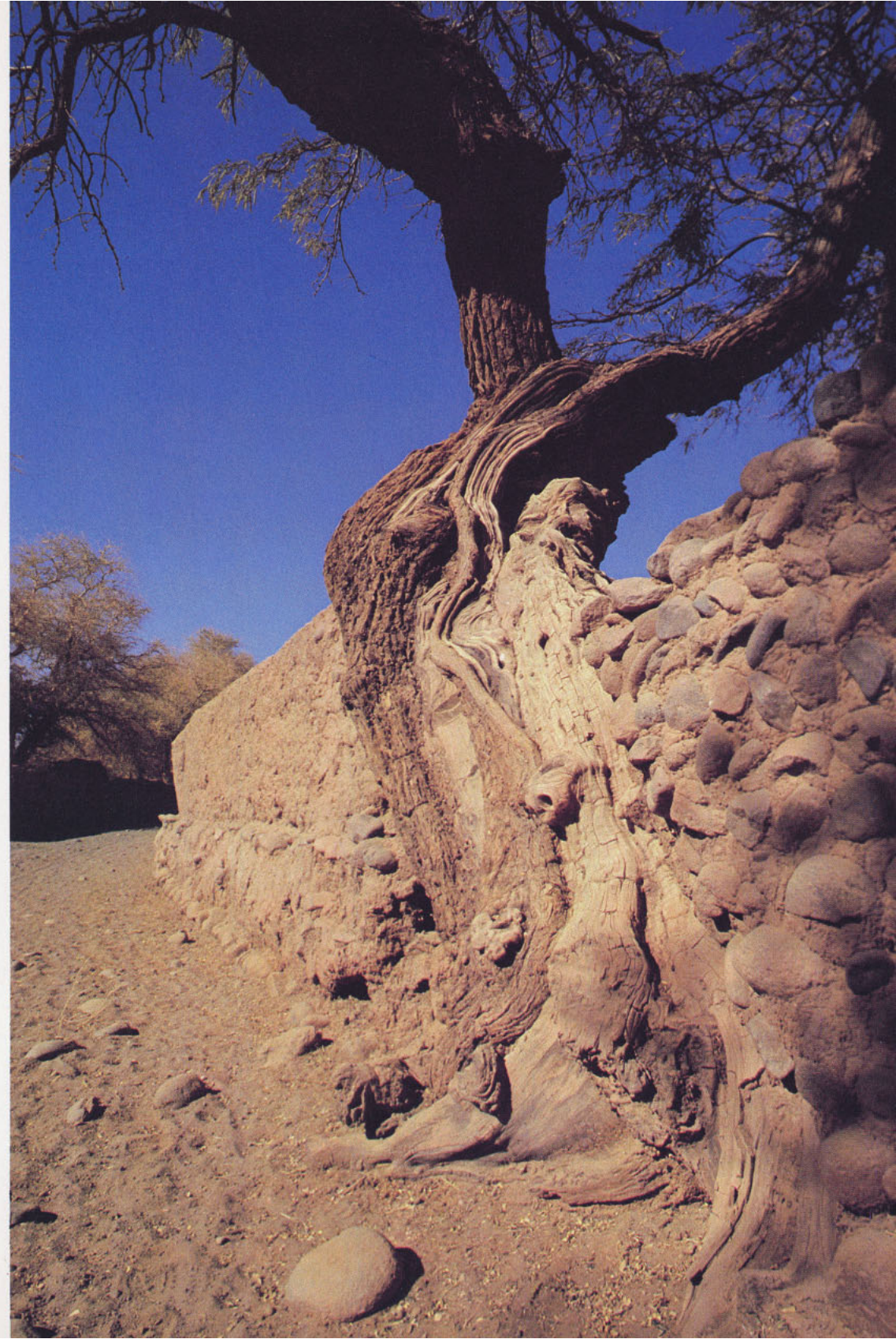


Allí, verdea el pimiento, como un padre de soles. Pastor de la distancia. Todo es plano y seco. Sólo él rompe las horizontales de la monotonía con su actitud de anacoreta, con su cuerpo de penitente, inmóvil y plácido. Se le ve desde lejos. Y uno, súbitamente, no podría asegurar que esa sombra que se yergue remota sea un árbol, o un ser que decidió su suerte en amor de brasas y espejismo.

El pimiento es un minero. Sí: un minero que, fatigado de explorar, decidió catear la soledad celeste que en la pampa parece tan próxima... Dejó que el viento le robara su mula; que sus alforjas fueran llevadas por los cateadores fantasmas que, en las noches, varían las huellas y derraman las cantimploras, vengando sus malandanzas; y se arrodilló en medio del desierto, y el desierto, poco a poco, obtuvo de él un árbol: el único capaz de florecer en aquella cuna del tormento.

Sus raíces se hunden valientes en la piedra, ¡minero, al fin! Y su aroma no es sino un ardid del trasfigurado para descubrir, un día, la veta del cielo.

*Andrés Sabella*





Porque si en la ribera uno encuentra una planta de *chillagua*, puede hacer sogas de paja con ellas a condición que se dedique a tejer un rato en lugar de quebrar piedras en el criadero. Y si uno encuentra una planta *coa* la puede vender en Quillagua o encenderla en la cata porque es la planta sagrada de los atacameños y con ella se espanta todo lo que ofende a la tierra donde uno vive. O si encuentra una planta de *camán* tiene que cultivarla porque ella da la salud y mejora el ánimo y da más vida, según creen en Quillagua. Lo mismo si encuentra una mata de *colán* porque se puede mezclar con unas ramas de *chacha* y curar el reumatismo si le duelen las piernas. Pero todo esto obliga a recorrer el río y a sortear la corriente y a conocer los vados y a romperse los pies contra las piedras (...) En el río crece una hierba que los lugareños le dicen *bis-bis* y la usan para ablandar el sobado de los cueros. Uno aprende a conocer los secretos del río y todo resulta un tanto más fácil. Hay otra planta que le dicen *moco-moco* y que la usan para curar heridas. Se coloca como un emplasto encima de la herida y al día siguiente empieza a sanar. El río lame las hierbas y las cuida con su suave lengua de amor.

Cómo vive el tamarugo? ¿De qué? Nadie lo sabe. De la humedad de la camanchaca, probablemente. De gotas de agua. Por eso es tan magro, tan seco, tan fiero, si cabe la expresión. Y, sin embargo, tan alegre en las fogatas, tan crepitante, tan conservador; ancho de llamas y prodigioso de colores.

Este era el pan de las calderas primitivas, de las fondadas de caliche cocidas al aire libre, de los primeros experimentos industriales. Centenares de arrieros lo transportaban a las improvisadas oficinas y dieron origen a un próspero negocio, hasta que el carbón de piedra lo desplazó. Mientras tanto, el salitre ya había conquistado los mercados europeos.

Si tuviéramos que buscar un símil del hombre nortino, éste no podría ser otro que el tamarugo. No el algarrobo ni el molle de verdes y frondosas ramazones, aireados, presuntuosos, chorreantes de resina, sino el arbusto duro y resistente del desierto, al que la arena no ha podido aplastar. Pegado a su suelo, el hombre soporta los embates de la adversidad, de las inclemencias del tiempo, del sol, de la fatiga, de la sed. Frunce el ceño, se deshidrata y prosigue en su labor. Y cateador o particular, boletero o derripiador, barretero o comerciante, es siempre el mismo, una estampa cenceña y sobria de ademanes y palabras, que no hace alarde de su vitalidad. Vale decir, un tamarugo.











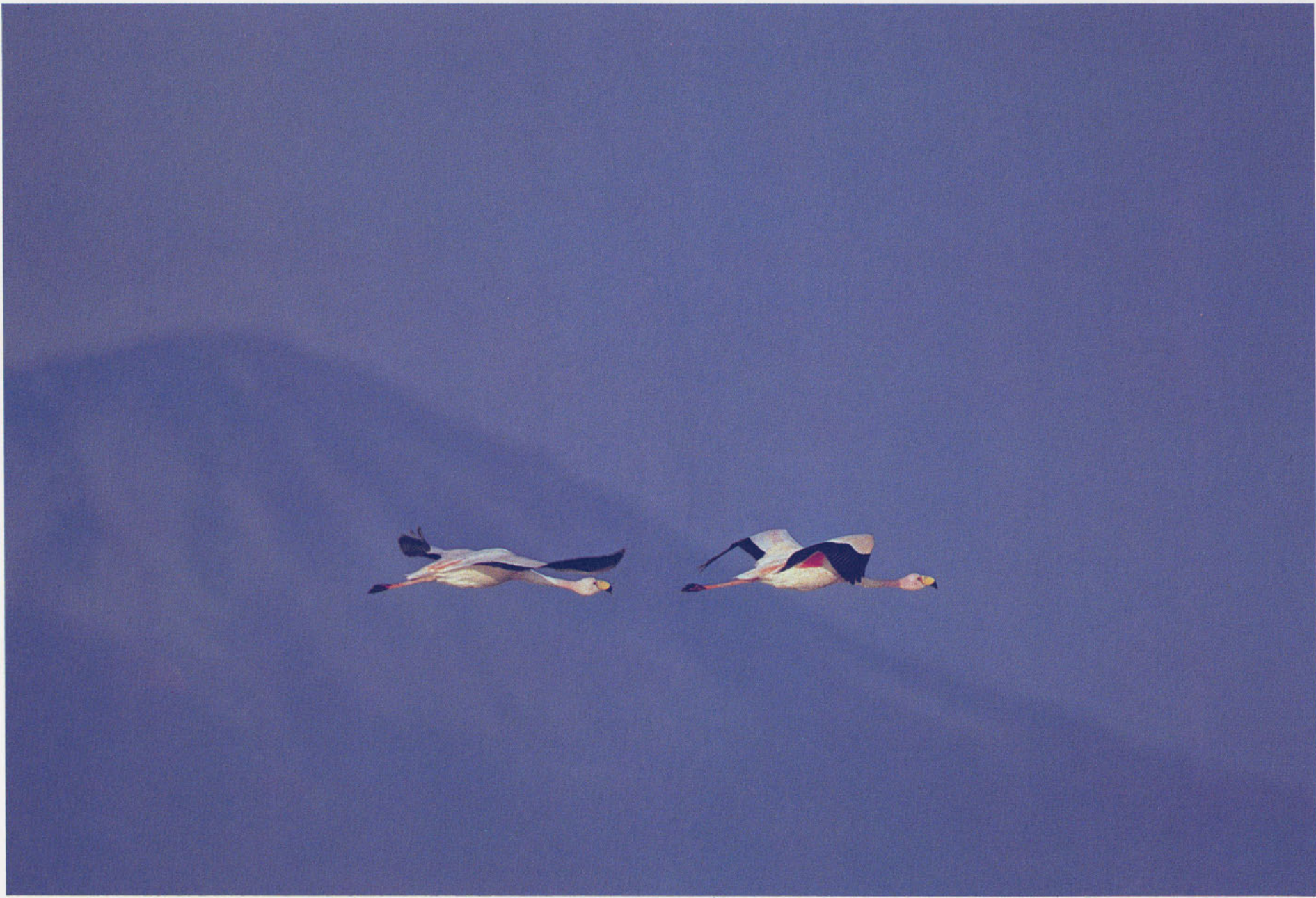
Parece una abuela, envuelta en su chal verde, de ésas que se niegan a abandonar las proximidades del fogón, lanzando de tarde en tarde una que otra frase, para que todos sepan que aún vive. Ensimismada, la llareta se cubre los ojos con las manos para no ver, y esquiva perezosamente la realidad. Nunca se da por enterada del galope de la vicuña, que huye del merodeador; ni del vuelo del gallinazo, en busca de carroña; ni del murmullo metafísico de la quena del pastor de alturas.

Vuelta eternamente madre de sí misma, tiene un vago aire de subdiácono, de sargento de Carabineros retirado, afecto al charqui de guanaco y al aguardiente casero. Es de pocas palabras; no se prodiga en exceso, pero hállase dispuesta a sacrificar la vida si alguien requiere su calor escondido, su vigor natural, las fuerzas que vienen de flaquezas.

Quieta, inmutable, se deja descorazar como un humilde quirquincho de la puna, haciéndose la humilde. ¡Qué leña más dulce, qué fuego más abrasador el que procura, estallando en un callado amor! Con su cuerpo de perro San Bernardo a solas con su muerte, está dispuesta a sacrificarse siempre como un hijo innumerable de Abrahán.

Al fin, el último esplendor de lo verde, la sed de amor sin fin, sus rasgos de Ave Fénix, en medio de la piedra. Sólo hay ojos para verla salvar al hombre de la muerte.

*Alfonso Calderón.*





No queda ya camino, la montaña se cierra, viniéndose encima como el último enemigo. Los fantasiosos creen que ha de sonar pronto el olifante del caballero, llamando a los miles de guerreros, en un centelleo de espadas, y el clamor, el grito de guerra, la palabra sagrada de la muerte. Y de pronto, un leve murmullo, el ruido del ala de un puñado de ángeles o de las hojas de un árbol que no existe en el norte de Chile. Son las parinas, las juguetonas Pavlovas. Alzan el pie y dan un paso que antecede al vuelo, en un estallido rosa capaz de empequeñecer al bello sol y a las pulidas piedras negras. Se entretienen coquetas, mirándose en unas aguas escarlatas, y tiemblan, tiemblan largamente, porque se saben mortales. Sus sombras son tan hermosas como ellas, allí, entre Antofagasta y la playa de Juan López. Al dejarlas atrás, parece que el viento intenta hacerlas volver a un escenario, en el pizzicato de “Sylvia”, mientras el frío del desierto las invita a partir, a perderse en el filo de la montaña, que se ha de abrir sin tardanza, para que nunca más, en el curso de la vida, volvamos a verlas. ¡Parinas! El grito se pierde en la oscuridad...

**D**ía a día se extingue su familia de rancios abolengos. Prima hermana del guanaco, parienta de la alpaca y la vicuña, la llama se hizo nortina a fuerza de vagar por las alturas. De sus buenos tiempos, conserva ese gesto de cordial señorío, de altivez elegante de aquellos años del novecientos, con traje de amplio ruedo y capota de organza. Fue aristócrata de roja pedrería, paseó por la Alameda con sombrilla de lino, aprendió a hablar en quichua y asistió de mañana al viejo parto de la cordillera.

Se organizó en rebaños de lentos pasos blancos, heráldicos, solemnes. Cargó plata en Bolivia, guiando a los arrieros entre dos espejismos. Después se hundió en el cielo envuelta en una nube con su abrigo de pieles y la cara de asombro, con su labio ternero de sensual bailarina a la orilla del mundo.

Ahora está en desgracia. Se esconde en los riscales, huyendo de los hombres y los pumas. Pero conserva vivo un orgullo de casta, una blanca tibieza de signo taciturno. Y atraviesa los montes con su carga de leña como un ser de otra época, enredado en la nieve de sus altos designios. Alguien la vio una tarde trepando entre las peñas hacia Parinacota.

¡Pobre llama apagada ardiendo hacia la muerte! ¡Pobre fuego difunto! Es una vieja lenta con los tacos gastados y aunque se tiña el pelo de rojo, negro y rubio, no logrará borrar de su rostro los años. Se le caen los dientes y atraviesa la vida con su triste paquete de arcángeles heridos.

Los chiquillos la insultan, pero yo la defiendo. Si no la conociera, daría una moneda por su cara de música.



La distancia va enredada a sus patas. A veces, el viento andino no puede aventarlos: desesperados, se esconden -entonces- a llorar su vejez, junto al silencio de los indios solitarios.

**A**nte sus narices se extendía el Océano Pacífico, y uno de los bancos más ricos en pesca estaba ante aquella costa; en una anchura impresionante. Durante sus viajes a Tarapacá se había tropezado con bancos de sardinas, tan espesos que el agua parecía de plata donde hervían millones de argentados cuerpecillos. A su alrededor todo el mar cubierto de seres bulliciosos y plateados. Había visto como otros peces más grandes perseguían las sardinas y a otros monstruos dentados devorar a aquéllos. Bandadas de pájaros que semejaban nubes oscuras se lanzaban contra su fácil presa y desde tierra se acercaban los leones marinos brillando como si estuvieran empapados de aceite. Era un perseguir, tragar y devorar sin tregua que aumentaría ahora porque Wenzel iba a entrar en acción. Podría pescar sardinas y peces de carne blanca, además de los grandes monstruos dentados, los leones marinos y las sabrosas rayas. Los grandes riscos y las paredes rocosas a espaldas del mar estaban muertas para otra clase de vida; pero en oposición a ello el mar bullía de vida, tanto en su superficie como en sus bosques de algas en la profundidad. Se escondía en él una riqueza inconmensurable y tan sólo metiendo la mano se podía sacar y sacar sin que jamás se agotara su contenido...

*Theodor Plievier*



*La Anchoveta*

**A**stilla de silencio, fibra pura,  
la ola abre tu enjambre en su mejilla  
y esparce la humildad de tu semilla  
en los negros hoteles de la hondura.

Polen del Mar, hormiga de blancura,  
la crueldad amenaza tu gavilla:  
tu pétalo de sal, tu ínfima quilla  
y el sabroso metal de tu armadura.

Junto a tu pequeñez el hombre espera  
con la red gris del hambre ya tendida:  
estudia las industrias de tu muerte

para llenar de luz su sementera  
abrir nuevos distritos a la vida  
y renovar el ciclo de su suerte.

*La Albacora*

**U**n día salí en busca de la aurora  
que se había perdido entre las olas  
y en un valle del agua encontré a solas  
la piragua fugaz de la albacora.

Poderoso titán de gran eslora  
movió el azote blanco de su cola  
huyó en una estruendosa batahola  
mostrando al sol su soledad sonora.

El arpón cruzó entonces la mañana:  
una amapola crece en la hondonada  
junto a la soledad de la chalana.

Y en un grito de espumas derrotadas  
sobre el agua crujiente y soberana  
la Albacora navega hacia la nada



58

**T**ribu de los cormoranes  
vuelan los aires señeros,  
el aire y la tierra vuelan,  
siendo el mar su regodeo.  
En la arena son mampatos  
y Arcángeles en el viento,  
Miguelés ensalmuerados,  
volando aman, cazan, mueren.

Por dárselos a tus ojos  
hice en la ruta este sesgo,  
niño empolvado de arenas,  
hijo triste del Desierto.  
Van, van, cielo arriba,  
de azules y azules dueños,  
en momentos dondecean  
de dos y tres vientos ebrios  
y en un momento, otra vez,  
descienden a ser guaneros.

Vamos, vamos a gozarles  
tendidos en huiros yertos  
el largo vuelo dormido  
como de Lindberghes ebrios  
y el descanso del amor  
como la nieve en despeño.  
¿Qué más, mi niño, queremos?  
Cormoranes hemos visto.

*Gabriela Mistral*





**S**í, los pájaros son el alma de la tierra. El alma móvil y fugaz. Es cierto que ellos no hacen germinar el viento. En cambio hacen florecer la distancia. Sí, algo los identifica con la tierra, pero al mismo tiempo con el aire, ¿y por qué no con el mar?

Una Gaviota, una Garuma, un Alcatraz o un Pato Lile son algo más que una raya de luz, flotando como sombras felices sobre la mancha del tiempo. En sus alas de flor, en sus giros hechos a vuelco de corazón o en la placidez de su vuelo señorial y satisfecho está el signo de la tierra.

Mil veces me he quedado contemplándolos con el ansia viva de comprender para qué viven. Y sólo he podido descubrir la alegría que los alienta, la gracia que los anima y -¿qué más?- las luchas que enloquecen el drama de la existencia.

¿No es acaso el Alcatraz un buen padre comprensivo del hambre de sus hermanos menores? Lo he visto siempre dueño de un señorío muy garboso, con su pico de grandes tenazas y su buche de almacén. En cambio, el Pato Lile es el gimnasta nadador, escurridizo y alegre que domina los secretos del océano interior y que sabe más de las traidoras corrientes del mar entre las rocas que del suave devenir del aire a pleno sol. Y las Gaviotas, agresivas, engreídas, peleadoras, que esconden su mala índole bajo la espuma de sus alas blancas. Son como aristócratas que no soportan el contacto de los otros pájaros en la gran bandada a que los somete la vida.

Así he visto también al gracioso Martín Pescador, a la diestra y escurridiza Perdicilla, a la modesta Changuita, al juguetón Pollollo; en fin, a las simpáticas Monjitas, coronadas de rojo, al hábil Piquero que atraviesa la luz ensartándola en sus picadas certeras. Y todos, todos se juegan la vida entre la ola que revienta y la playa que la recibe. Todos dominan los escondrijos de las rocas. Todos llevan en sus pequeñas almas flotantes el mensaje de la tierra (...) Sin embargo, nada es tan modesto como una Garuma. Cuando las miro, siento que el alma de la maternidad palpita en su vientre del pueblo. Porque -ya lo dice el garumaje- nada se parece tanto al hombre de la tierra como ellas, vagabundo de distancias, demoleedor de trabajos y querendón de sus rincones. Ella es la única que conoce el desierto como el mar. Ella es la única que ha compartido su alma entre el horizonte vivo y el horizonte muerto para amasar entre sus sueños un amor compartido. Nace en la tierra y vive en el mar. Duerme en la tierra y muere en el mar.




**T**riangulares y grises  
aparecieron sobre  
la desaparición de Antofagasta  
y en el vuelo cortaban  
rectángulos fugaces,  
entrecruzaban luz y geometría,  
se acercaban inmóviles,  
se levantaban en su propia espuma,  
y eran de pronto líneas de la sal,  
ojos del cielo o cejas de la nieve.

62

Y uno piensa sin querer en las huestes humanas que, a su vez, han recorrido estas extensiones y han naufragado en ellas. Porque esto es el mar sin Agua, de este continente. Y desde los primitivos pobladores, pasando por los conquistadores que lo midieron con sus pasos, hasta los soldaditos del 79, que caían en las filas o de ellas desertaban para sucumbir desamparados en medio del inmenso descampado, los hombres aprendieron a sus expensas el significado de esa sonora y a la vez afónica palabra Pampa, con algo de aborto de trueno, algo de tambor con sordina de los llanos y algo de repercusión en lejanías sin eco. En suma: un monstruoso algo de ruido y un algo descompasado de silencio (...) Yo he oído el mudo canto de la Pampa, no cuando estalla en explosiones artificiales provocadas para vaciarle las entrañas, ni cuando la tempestad del cielo la hace resonancia de sus estrépitos, sino cuando sumida en el silencio y en la obscuridad, sueña sin voz como todo sueña. De puntillas me he llegado al borde de su lecho y la he visto respirar su pesadilla sin despertares.







Por el desierto se extravían las huellas,  
venas inconclusas de una anatomía  
singular: son líneas que van hacia alguna  
parte remota y codiciada, líneas para una  
caligrafía obsesionante.

Pobres surcos que traza la ambición  
humana, en que la muerte se extiende  
igual que un aceite oscuro y sin descanso.

# EL HOMBRE

---

Silenciosos, reconcentrados, esclavos de su mundo interior, iban, volvían, luchaban y morían en la heroica batalla contra los elementos.

No le temían a la nieve, ni al calor, ni al viento, pero el desierto solía engañarlos con sus trampas de espejismos...

*Luis González Zenteno*





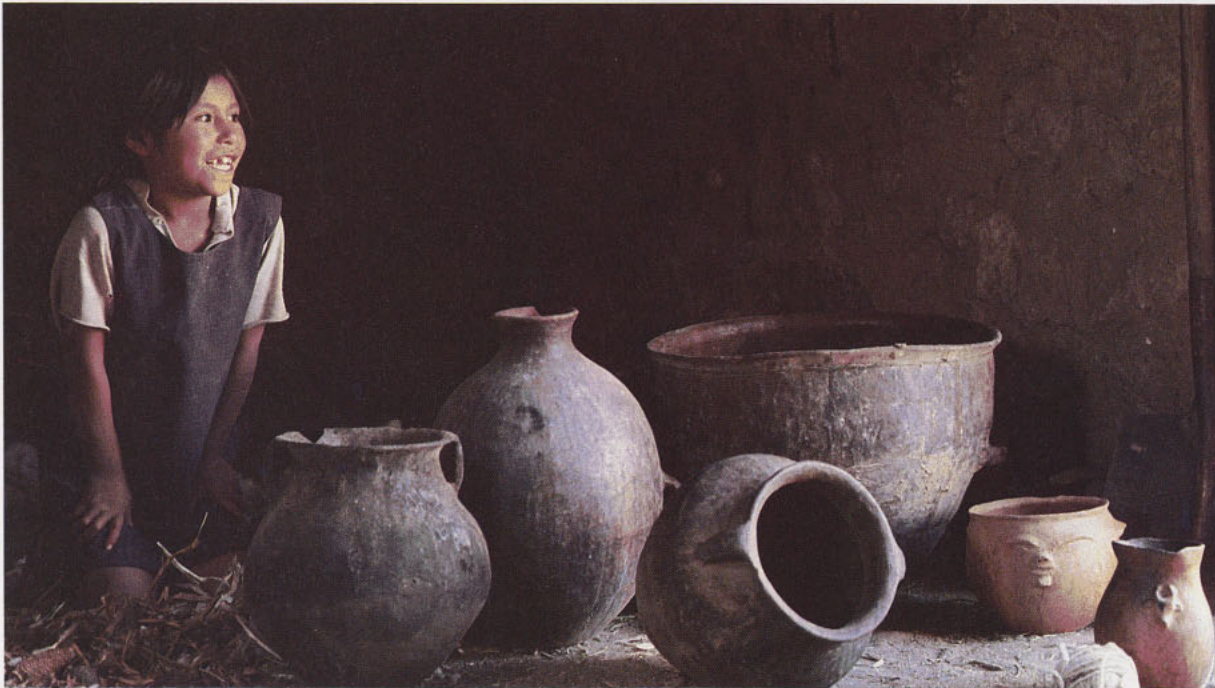
**L**as cholas aquí son tan extravagantes. Yo no les hallo comparación. Se visten con unos vestidos cortos de bayeta de todos los colores de su bandera, como sigue: verde, colorado y otros muchos con pliegues hasta las rodillas.

*Abraham Quiroz*

**L**os indios sentían por la pampa un respeto religioso. Pampa y cordillera eran para ellos expresiones telúricas de una misma divinidad. Allá las dentadas moles, aquí sus llanuras, allá sus dioses monolíticos y temibles, acá sus dilatadas sabanas de arena, protegiendo y aislando los pies de los volcanes, de los extraños y maldadosos hombres de las llanuras costeñas.

*Luis González Zenteno*





Oh pequeños

compatriotas quemados por esta luz más agria  
que el baño de la muerte, héroes oscurecidos  
por el amanecer de la sal en la tierra,  
dónde hacéis vuestro nido, errantes hijos?  
Quién os ha visto entre las hebras rotas  
de los puertos desérticos?

*Pablo Neruda*

Le llamaban “El Guapo” por mal nombre, más tarde le decían el “¡Ves qué niño!” . Después el “Mala cara” y hoy “El taita de la oficina”. El verdadero nombre suyo no lo recuerda, ni hace falta...

“Las había echado” al norte por unos cuantos meses no más: quería juntar unos cobrecitos, comprar un peazo e tierra “pa tener en que caerse muerto” y llevar donde el cura de Nancagua a la morena colorá que palabrió en la trilla de don Bacho Reyes...

-Por unos cuantos meses no más.

Anduvo corto en el cálculo, porque hace ya cuarenta años que no ve a la morena colorá ni el rancho de Nancagua donde vio transcurrir plácidamente los olvidados días de su infancia.

Las greñas de sus bigotes hirsutos parecen agriar su formidable mirada de barretero bravío, cuando con los ojos amoratados se pone a recordar su perdida felicidad.

- ¡Güen dar que hey sío desgraciado!

Cien veces ha tenío el dinero para volver al sur. Una vez fue el tacuaco Juan Mella que lo llevó a los “salones de niñas” en Taltal: remolieron una semana con arpa y guitarra, “se cayeron” los 1.500 pesos de ahorro al cajón del burdel y se acabó too (...) Y así habían pasado cuarenta años para el “taita de la oficina”. De Calama a Uyuni, de Uyuni a Chuquicamata, de Chuquicamata a Sierra Gorda, de Sierra Gorda a Caracoles, de Caracoles a Antofagasta, de Antofagasta a Taltal y de Taltal a Lautaro. Ahí estaba ahora como último trabajador de la oficina.

-Eso sí, por la maire, que me quea el consuelo de haber sío el número uno, entre los entallaos de Taltal...

Encantador a veces, solía hablar con cariño de esas salitreras que ya le conocían. Para él no había como eso de “tirar costras” y “morder polvo” a pampa rasa, “encalillao” con barreta de dos metros, o con la cuña en un trozo, “metía hasta el contre”.

Su chiste era feroz como una cuchillada, no faltándole jamás el donaire para sostener que en la vida no hay más que comer, dormir y “colgar”.

El hambre era para él “una tonada en las tripas”; la mujer, una “chancadora de chauchas”; el amor, una “rasca sin vino”; la cerveza el “Dominus Obisco”; el matrimonio, un “sermón de las tres horas”; el “trago”, un compañero y la vida “una payasá” (...) El día que se aburriera, no había más que sentarse en la boca del tiro, y encender la mecha. El dinamitazo lo elevaría seguramente a la gloria de Dios Padre, de Dios Hijo y too lo demás.

¡El taita de la oficina! Es decir, el más viejo de los trabajadores, el más corrido, el más expoliado, el más vicioso, el más pobre.



*Retrato*

**E**ramos grandes como embarcaciones.

Como la pampa entera.

Eramos secos, tiesos, renegridos.

Estábamos tapados por la tierra.

Nuestras manos tenían duras palmas:

salían callos con las herramientas,

las mujeres, el vino y las angustias.

Las grandes remoliendas.

72

*¿Qué es el sur?*

No conocíamos los ríos.

Jamás supimos de la hierba.

El verde era el color del mar tranquilo.

No nos zumbaron nunca las abejas

ni supimos del boldo o de los peumos

o de la risa oscura de la menta.



*Hombre por fuera*

Teníamos los rostros angulosos.  
Teníamos estrechas las caderas.  
Anchas las firmes espaldas cargadoras.  
De fierro las muñecas.  
Nos corrían temblando y sollozando  
los ríos de las venas  
-desde la champa hirsuta y hosca  
hasta el fin de las piernas-  
llenos de sangre roja y turbia,  
llenos de sangre espesa,  
llenos de sed y de ternura,  
de alegría y de fuerza.

*La alegría*

Reíamos hasta morir. Reíamos  
botando nieve por la boca abierta.  
Reíamos a grandes carcajadas  
casi sembrándolas sobre la tierra seca.  
¡Sin vino! Reíamos porque era bello  
dinamitar enormes piedras.  
Manejar el caliche dividido.  
Encender mechas.  
Estarse al lado de las chancadoras  
en medio de una turbia niebla.  
Oír el grito ronco y dulce  
de nuestras parturientas.  
Caminar, embriagarse, comer.  
Ir hasta Pampa Unión de juega.

*Llega la muerte*

Pero la pampa se nos fue muriendo.  
Nunca creímos que estuviese enferma.  
Que el ripio fuese insuficiente y sucio.  
Que se pudrieran las bateas.  
Que se acabara el propio vagabundo.  
Que el sindicato desapareciera.  
Que no explotara ya la dinamita.  
Que no humearan las altas chimeneas.  
Que se vaciaran las esquinas.  
Que se quedaran solas las viviendas.  
Que el viento entrara por los patios muertos.  
Que los perros se fueran  
y cayera una gris, triste mortaja  
sobre las calcinadas salitreras.





*Exodo y extrañas manos*

Pampa Unión fue una cáscara vacía.

La pampa entera una leyenda.

Nosotros nos vaciamos hacia el puerto.

Sólo teníamos las ropas puestas,

las memorias de un tiempo tan lejano,

un par de muebles y una pieza.

Y estas manos calientes e intranquilas,

estas manos horribles que nos pesan

que nos piden a gritos su trabajo,

el vibrar de las grandes herramientas,

el sudor que las parte y las destroza

la pampa y su tristeza.

Estas manos malditas que se mueven

sin que uno sepa lo que hacer con ellas;

¡andan solas, a tuntas, por las calles,

preparando una nueva primavera!

*Nicolás Ferraro*





Devastada como Pompeya, en las murallas de Pampa Unión que se mantienen en pie surgen arracimadas las pinturas de vacas y de bayaderas, de copas enormes y de botellas, frutos de un rústico Giotto pampino. Así, quizás, se decoraban los muros de los veinte prostíbulos de la calle larga, mientras sonaba, en 1930, la música de "¡Ay Josefina!" o de "El Penado 14", y el minero lanzaba la casa por la ventana, mostrando los fajos de billetes, arrimándose a alguna de las guardañas polacas o francesas que le echaban el guante para salir de perdedoras en la última vuelta del camino.

Sesteaban cotidianamente las tiendas y almacenes: La Casa Lacre, El Hotel Puelma, La Charcutería Viena, La Sombrerería La Victoria, La Casa Mata, El Baratillo El Mono, La Sastrería Elegante, La Pensión Federal, La Peluquería Japonesa, La Botica Ferraro, El Hotel Chile, La Tienda La Camelia, La Sastrería La Gran Tijera y El Almacén Belgrado. Los niños iban al cine a admirar a Eddie Polo que, en una "serial" del Teatro Obrero, preparaba las hazañas del Capitán Kidd. Las mujeres echaban agua en balde para apaciguar el polvo de

las aceras, espantar el aburrimiento y ahuyentar a los perros. Los carabineros recorrían las calles General del Canto, Sotomayor, Lord Cochrane, José Santos Ossa, Almeida, Díaz Gana, Hermógenes Alfaro o Waldo Silva, en previsión de grescas, de asaltos o de "travesuras".

Hoy, mientras el viento de la tarde, el "calameño", sopla furiosamente, al escarbar el suelo comienzan a aparecer los restos del pasado: tazas quebradas con dibujos y flores -vieja loza inglesa de los buenos tiempos del salitre-, cucharas humilladas por el tiempo, retorcidas en el adiós, y alguna lata de té, de esas en las que pirueteaban unos chinos enmohecidos, como si disfrutasen de los usos sociales del mandarinato. Si se camina, habrá de verse un solitario algarrobo que asoma la nariz seca y enjuta por una ventana, quizá preguntando a qué hora partió el tren de los muertos por la vía de trocha angosta del ferrocarril, rumbo a las oficinas o a Caleta Coloso.





La muerte es en la pampa una cosa blanca y sin olor. Los cementerios pampinos la retienen como si quisieran que ella presidiera toda la luz de los desiertos. Los muertos en la pampa “no mueren”: aquí, la muerte no es disolverse en una hedionda nube de olvido, entre las capas salitreras: los cadáveres permanecen intactos, con su gesto helado y las manos dispuestas a volverse dos ramas de vida, si el sol se decidiese a besarlas...

Se vive cincuenta o sesenta años, agonizando. Porque en “los rajos” la piel, poco a poco, va chupando muerte. La carne se endurece en anticipaciones macabras y si los pampinos hablan parcamente, es porque la sombra funeral cercena palabras en su corazón...Y, súbitamente, llega la muerte con naturalidad. Se la tuvo en potencia, durante una vida; no es de alarmarse cuando se decide a madurar con sus frutos semejantes a gotas de esperma. La muerte sonreía en los “corvos”; ondeaba desnuda en las mechas de dinamita; graznaba en la soledad de las huellas; era el borde mordiente de las piedras: ¿cómo asombrarse, entonces, al recibirla plena; al sentirla, buscando su acomodo en las vísceras ya familiarizadas con su presencia?



Vino la noche i ya me encontraba en un paraje enteramente desierto. Todo era piedra i más piedras. A cada momento una quebrada que había que salvar, una piedra que hacía tropezar al rocinante. ¡Qué momentos tan lúgubres! Decirle lo que yo pensaba me horroriza ahora! Solo, solo! i sin agua! i sin luz! Cuando llegaba al borde de una quebrada lanzaba una piedra para que con el sonido que diera al llegar al fondo pudiera tantear su profundidad. Ese sonido se repercutía en mi corazón i me hacía estremecer. Sin embargo me dominé, pues hice un esfuerzo de voluntad como jamás lo hiciera anteriormente i me serené. I, mientras tanto, iba subiendo la pendiente de la cordillera casi sin sentir. Mi caballo principia a flaquear, ¡pobre animal! cuántos galopes había dado en la llanura.

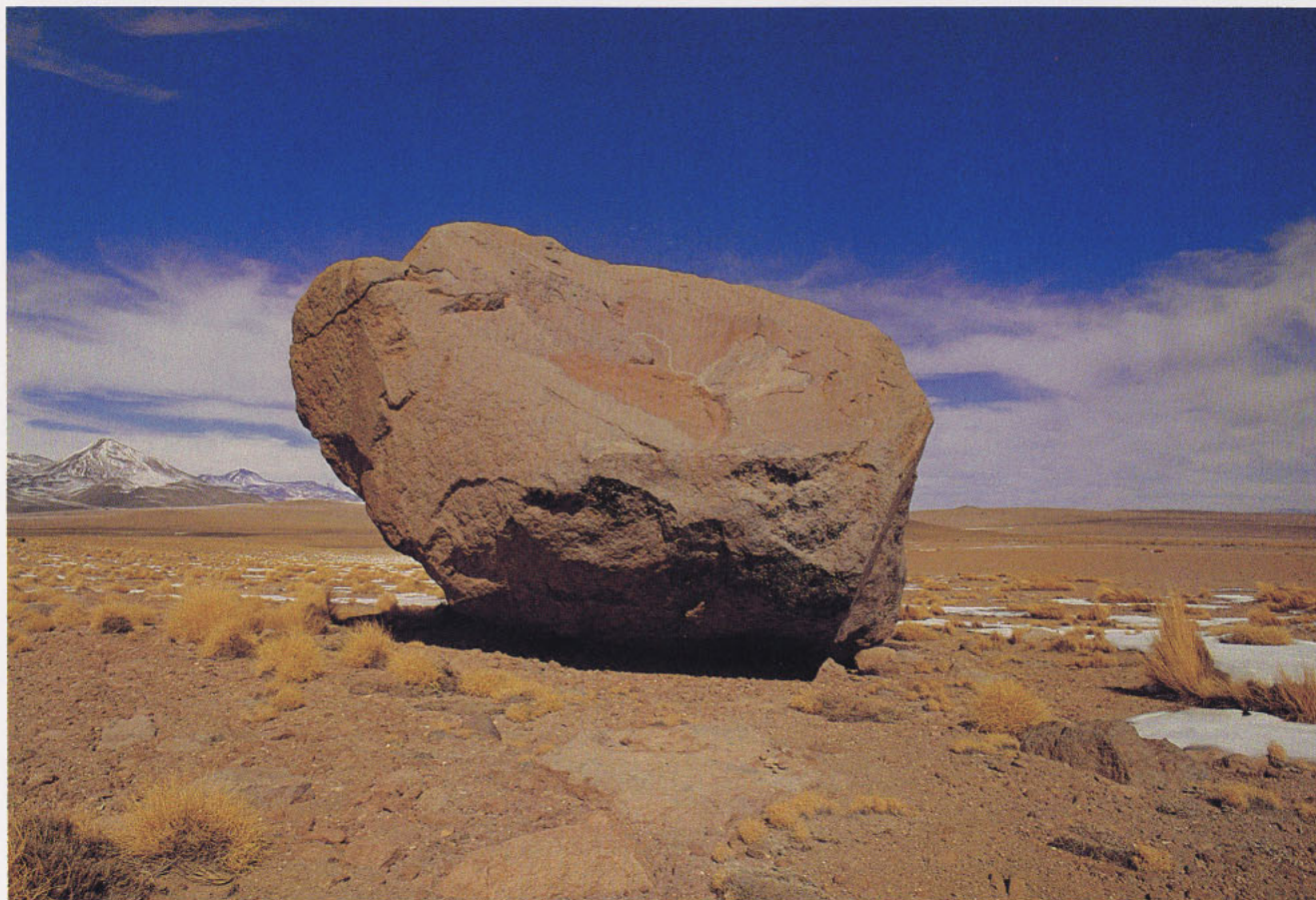
En medio de esta aflicción salió la luna, a la que saludé con amor, le aseguro, pues me salvaba con su luz del peligro de caer en los precipicios que se iban a cada paso multiplicando en mi camino. Anduve hasta las diez o doce. A esa hora el caballo se apuna i rehusa de andar.

Me apeé. Estaba en una quebrada llena de tolas, yerbas secas que arden como fósforos. Desensillé i preparé mi cama. En una piedra cavada por las aguas en forma de baño deposité una gran cantidad de tolas secas, encima tendí lo pellejos i otros objetos de ensillar, con la silla me hice una almohadón i, después de amarrar el caballo poniendo unas cuantas piedras sobre la rienda, me tendí sobre mi cama. ¡Ai, amigo! no era por cierto mui blanda, sin embargo la encontré mui pasable i mis huesos adoloridos descansaron un tanto merced a ella. Pero el sueño no vino nunca. Por toda frazada tenía mi poncho, el que aunque ancho i grueso, no alcanzaba a cubrirme. ¡I hacia un frío! Bástele recordar que me encontraba en la cordillera para imaginarse qué frío haría en una noche clara, sin la menor nube, i con viento de norte que no descansaba en su furia (...) Al amanecer, el frío fué tan grande que temí helarme. Para evitarlo acopié tolas encima de las que me habían servido de cama i les prendí fuego. Así pude calentarme un poco. En esa triste noche inventé un procedimiento para calentarme que encontré muy práctico. Se lo voi a enseñar con toda jenerosidad, por si acaso, aunque, gracias a Dios, usted no tendrá nunca que usarlo en esas cordilleras.

Encendí unas cuantas tolas encima de una capa de arena, en un rincón formado por rocas cortadas en ángulo recto. Cuando, después de un

cuarto de hora, las tolas fueron reducidas a cenizas, con unas ramas secas barrí el lugar, a imitación de lo que hacen los panaderos en sus hornos una vez calentados, i me senté encima de la arena caliente, doblando mis piernas debajo de mí, como los sastres; con mi poncho me envolví i debajo de esta campana formada por mi sotana i lo demás, logré conservar el calor i dormir hasta las siete de la mañana.

Cuando desperté, tuve vergüenza de haber dormido tanto i, después de rezar un Padre Nuestro i un Ave María, ensillé mi compañero, más ¡ desgraciado de mí ! fue éste trabajo perdido. Cuando subí en el caballo, éste parecía ser de goma i se dobló casi bajo mi peso. ¡ Triste augurio! Le di con la espuela suavemente i no se movió, volví a darle más fuerte, inútilmente; entonces me dio cólera i le clavé



ambas espuelas. Pero todo fue en vano. Rocinante se paró en dos patas i al caer casi se dio vuelta, pero no dio un solo paso. Temí cosas mayores, verbi gracia, que me aplastara una pierna o cosa por el estilo. Me apeé i lleno de fastidio me puse a reflexionar.

Mi primera reflexión fue ésta: ¡Esto tiene cara de requiem ! ¡ Estás embromado, amigo, i si la Virgen no te saca de aquí vas a perecer !



La vida de los puertos era floreciente. Los consulados, los grandes emporios, las vitrinas abarrotadas de artículos importados, las firmas extranjeras, los comerciantes árabes, griegos, japoneses, chinos, alemanes, y de cuanto idioma creó el mundo, les daban a las localidades un sello especial de cosmopolitismo. Los opulentos clubes sociales de los salitreros, donde podían entrar “los cha-

quetas blancas”, que eran los altos empleados, y los hoteles de vistosa importancia, todo concordaba con esta vida ágil, extraña y sugerente.

Sin embargo el verdadero sello de cada puerto estaba en su nocturnidad. De noche se encendían los faroles rojos de las “casas” y los marineros sabían qué dirección tomar.

Hubo algunas verdaderamente famosas. En Antofagasta, en la calle Copiapó, estaba “la Vuskovic”, con su “salón” (porque se llamaban así: “el salón”), donde sólo se admitían caballeros de etiqueta y sólo se bebía champaña francesa de las buenas cosechas. Había que llegar en coche y oler a perfume. Adentro los esperaban las “niñas”, entre las cuales había preciosas alemancitas llamativas, extrañas japonecitas delicadas, exóticas turcas, sensuales francesitas y hasta alguna displicente negra con ébano de Dakar o del Congo.

En esa hora de la noche el salitre daba para todo, para el amor comprado y para la alegría revuelta del destino. Se contaban historias extrañas de niñas perdidas que solían aparecer en los “salones”. En Taltal era “la Pecho de Palo”, la más famosa y la que soportó todos los temporales

que las marejadas salitreras arrojaron a esa playa, en el “salón” más nombrado y codiciado de todo el Norte. Y en Tocopilla hasta no hace tantos años fue “el Trece-Trece”, con su “salón” rojo y sus luces amortiguadas, con su clandestinidad de pecado revestido de seda y de whisky.

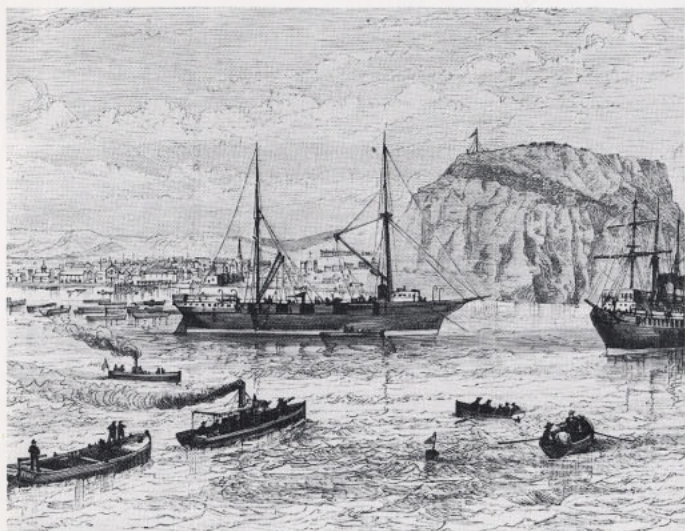
Los barcos de vapor, los grandes transatlánticos y el desaparecimiento paulatino de los veleros no cambiaron mucho esa fisonomía. Los veleros se fueron a pique junto con el término de la Primera Guerra Mundial. Algunos quedaron a la gira en los puertos. En Taltal permaneció uno anclado por tantos años, que nadie supo al final qué fue de él. Desapareció de repente como los años y como el salitre.

Otros veleros enterraron sus proas en las rocas y las marejadas les fueron relamiendo su naufragio hasta destruirlos en el olvido. Nadie ha contado las historias de los veleros que encontraron su muerte en nuestros puertos. En Tocopilla todavía quedan vestigios de uno. Y en Iquique, de otro.

Cuando el velero completaba su carga de quintales de salitre, empezaba la ceremonia de la despedida. Junto con el último saco era izado desde el lanchón el grumete más joven, generalmente el grumete del capitán. Y cuando esta carga desaparecía tragada por la escotilla, toda la tripulación a pleno pulmón lanzaba ¡hurras! por el barco. Luego venían los capitanes de los veleros cercanos a beber la última copa con el capitán que se alejaba. Las marinerías reunidas cantaban en coro las canciones marineras del mundo. Y finalmente, ya en el atardecer, junto con las sombras los veleros encendían sus faroles de adorno, decorativamente, para decir adiós al velero que empezaba a zarpar. Un aire de nostalgia y toda la tristeza de los puertos se les venían encima. Pero arriba, entre los cerros, a cada rato continuaban bajando los trenes salitreros, envueltos en su atmósfera de yodo y sal.







No hay aquí la desmesurada del trópico ni la constante glorificación de la hipérbole. El clima es extraño e incita a la molicie o a la languidez, poniendo a los viajeros en constante arrobos al modo del que procura el canto del alba a los trapenses o la lectura de “Las Moradas” a las carmelitas. Al despertar, uno se encuentra en muchas ocasiones con un cono invertido de nubes altas y envolventes, parecidas a gigantes que se desperezan. Vestido como Amundsen en el Polo, sale el neófito a la aventura del conocimiento de la ciudad.

Al mediodía, el asunto toma mal cariz. El intrépido viandante, tras fatigar las calles y mirar con alegría la hermosa iglesia de hierro, prima carnal de la de Guayacán, genialidades

finiseculares del ingeniero Eiffel, comienza a experimentar los efectos del Infierno tan temido. El taparrabos o el *sarong* parecerían vestimentas adecuadas, pero uno se halla ya rumbeando hacia Azapa, puesto el ojo en la explosión de los frutos de la tierra, en los juegos del sol, el estallido de la verdura y en la alegría desbordante de la piedra admirando las terrazas destinadas al enclave de la agricultura tutelar. Dan deseos de pedir posada para el peregrino o de hallar refugio en algún tambo, pero las esperanzas decrecen y es preciso limitarse a maldecir, a quitarse ropas con denuedo, a elegir el aguijón o la lanceta del zancudo o de sus congéneres en desmedro de las piezas mayores del vestuario.

No se sabe bien en qué momento, un viento heladísimo rememora el “País de las Sombras Largas”, pero, de acuerdo con los textos de estudio, nos hallamos en el trópico, y en primavera avanzada. Regresamos a Arica. El mar, visto desde el Morro, se desmeleno, debido a un ventarrón que ya pasa a mayores. Algunos viajeros confiesan dolores de cabeza. Entonces, un hombre sagaz, aunque ligeramente excéntrico, admite que la abundancia de metales de los cerros termina por convertir al aventurero -el visitante, por cierto- en un electroimán humano. ¿Seremos, acaso, sólo limaduras de hierro para un Dios sacrificador, el cual indica su disgusto si alguien va a hollar suelo sagrado? El viento de Arica nos despide burlón.

De ese rincón cosmopolita llamado Iquique, se hablaba hasta en las novelas. Marineros de todas las latitudes alababan sus excelencias. Una ensenada maravillosa, protegida por altos cerros; un clima cálido, unas noches poéticas. La luna rielando sobre un mar de orfebrería y la música embriagando de amor los corazones.

*En el fondo del mar nació la perla,  
en alta roca la violeta azul,  
y entre flores y gotas de rocío,  
ahí naciste tú.*

Ociosidad, sensualidad y fantasía. El palacio Astoreca velaba hasta pasada la medianoche con sus ventanas iluminadas a giorno, en cuyo interior bullía un mundo elegante y feliz. A intervalos, una voz femenina elevaba sus gorjeos:



*Mi paletó, mi paletó  
mi paletó que al contado  
¡me habría costado  
de fijo un caudal...!*

Y el clavicordio bordando su telaraña musical.

*Luis González Zenteno*

Charlaban con afectación los caballeros de vestones largos y ceñidos, y reían picarescamente las mujeres de sus abanicos.

*¡España, olé!*

Pero no faltaban, tampoco, las reuniones sociales y artísticas de otras colectividades extranjeras.

*Nos llaman apaches,  
caballeros de la luna,  
que andan buscando fortunas  
en la obscuridad.*

Y era sencillamente grandioso cuando el contador de Molfino, don Pietro Schiavetti, cantaba a todo pulmón, "¡Oh sole mío!" Vibraban la torre de la plaza Prat y todos los frontispicios circundantes. Y el pueblo atraído por la magia de la trova, se arracimaba embobado, brillantes los ojos de emoción.



**M**ejillones es un puerto que cabría en la página de un libro.

El sol lo cubre con su capa de monarca y las gaviotas con su diadema.

Mejillones está habitado por simples pescadores que juzgan la ventura por el sonido de las olas...

Son varones cuya gran fortuna se reduce a dos puños semejantes al cuarzo y una red que la mar besa y devuelve plateada de pejerreyes.

Mejillones carece de monumentos y de historias. Pero sus pejerreyes, verdaderos puñales marinos, lo colman de un prestigio admirable.

*Andrés Sabella*

**E**n 1906 Antofagasta era un poblachón de casas y conventillos de tablas roídas por el aire salino de la costa, y sin un árbol en toda la extensión de la pendiente que bajaba del pie de la serranía hasta la reventazón de la playa. La impresión del primer momento era que una caravana de beduinos se había detenido allí para seguir más tarde en busca de un sitio menos desabrigado y una playa más accesible. Este era un campamento, apenas un campamento, pero un campamento en día de feria, con la gente atropellándose por llegar más pronto a su destino y

recoger el oro a puñados. Las victorias de alquiler iban manejadas por cocheros con la pinta fresca del inmigrante europeo y los pasajeros que ocupaban el interior debían ser pampinos que habían bajado a darse buena vida, trayendo encima el conchito del baúl, para entregarlo más tarde al prestamista y volver luego al trabajo de a pie, pisando con paso cansino los durmientes del ferrocarril.

*Ernesto Montenegro*





- **E**ste pueblo de mar, esta cala, ¿cómo se llama?

- Caleta Coloso.

- Coloso, naturalmente - repitió Wenzel, y apreció nuevamente las viviendas construidas de bambú, planchas de hojalata y sacos viejos, para compararlas luego con los gigantes de piedra.

Hay pueblos que tienen la costumbre de enorgullecerse de los atributos sólo a ellos peculiares y en esto habían acertado los habitantes de esta franja costera, cuando declaraban orgullosos que éste era “el último rincón del mundo”. Esta cala, con sus tremendas paredes de roca, debía ser la última y más profunda depresión de todo el sistema.

*Theodor Plievier*



... **Y** Taltal era un puerto, pequeño es cierto, pero animado de una vida extremadamente curiosa.

En sus casas blancas y rientes, plantadas en la costa árida entre el azul del mar y el del cielo, vivían algunas personas sedentarias, pero eran pocas: la mayor parte de la gente estaba siempre de viaje.

Del mar a la pampa salitrera, de la pampa al mar. Prolongada o breve la ruta de los viajeros tenía para mí la misma fascinación. El cosmopolitismo de Taltal había mezclado en complicidad poética los nombres de las grandes ciudades extranjeras y de los pueblos del desierto: Londres,

Puquios, Burdeos, Pisagua, Hamburgo, Antofagasta, Cobija, Marsella, Aguas Blancas... Todos tenían el mismo olor de mar, de maletas de cuero fino, de tierra salitrosa, de tabaco rubio; olor de barco, de tren, de pintura, de humo. Olor de ausencia y de lejanía.

(...) Taltal era un puerto pequeño, pero en aquel tiempo, cuarenta o cincuenta veleros de alto bordo anclaban habitualmente en su bahía.

*Salvador Reyes*

**E**l Ande sopla su amor sobre los pueblos: Chiu-Chiu se alborozaba en la vieja campana de su capilla, donde los santos de madera chorrean tiempo por sus ojos. Ayquina baila a la Virgen de Guadalupe, iluminando el día con el color de sus “promesantes”. El Pukara de Lasana dormita en sus piedras. Llamas y ovejas mueven la luz en Machuca, Río Grande y Talabre. En la T de Toconce y Toconao, cuelgan tejidos, y artesanos silenciosos crean, allí, la diminuta humanidad de sus contornos. Caspana enflora a sus llamas y a sus muertos, trabaja la “minga” en un solo impulso de hermanos y golpea, alegremente, el bombo del carnaval. Y San Pedro de Atacama es la flor de la Arqueología, una flor de polvo en el regazo de sus momias.

*Andrés Sabella*





La alameda de Putre tiene algunos corpulentos eucaliptos que tal vez fueron plantados por un iluso. Dan sombra, belleza y leña. El penacho de sus hojas hace cantar el viento y acompasa con el agua que se desliza temblorosa de armonías por un viejo cauce de piedras, cruzado por sólidos puentes de admirable artesanía. A ambos lados de la calle se miran las casonas de arcaicas portadas y motivos heráldicos. Si quitamos los árboles, el paisaje se muere de pena y nos abrumarán las nostalgias de un tiempo ya difunto.

*Luis Urzúa*

Repentinamente, el desierto me sonrío: Pica levanta sus aguas y verdes. Pica vive por el rango de sus limones: frutos donde el sol se convierte en aroma y a los que la luz penetra, ansiosa, para volverse dentro un jugo deleitoso.

*Andrés Sabella*



Toconao se esfuma y se desvanece sin que nada ni nadie pueda evitar su triste destino.

En la caravana de ciudades que fueron, muy pronto Toconao será la última en emprender la marcha hacia el Misterio.

Mientras tanto, luchan por la posesión del pueblo, en batalla permanente y silenciosa, los fantasmas que vuelven y los fantasmas que se van. Porque los últimos habitantes de

las ciudades que mueren toman las características de estos seres extraños y huidizos.

Es que las sombras de la Muerte ya han besado sus marchitas y arrugadas frentes.

*Ernesto Silva Román*

Me partes a mí  
y al tiempo,  
Parinacota de los pedregales,  
lugar primero, madrugada del universo,

iniciación de los sentimientos,  
donde piensa el viento grande  
y se encuentran las edades.

*Pedro Humeres*







Santiago, Patrón de España, lo es también de Macaya. ¿Sabéis qué es Macaya? Pues, un lugarejo situado al interior de Tarapacá, naturalmente en un oasis; en tierras que van trepando, en doloroso viaje, las alturas cordilleranas. Para encontrarla hay que subir 3.500 metros sobre el nivel del mar. ¡Macaya! La saeta de la puna, el calor del día, el frío de la noche, la mano terrible de la desolación presiden su vida. Es una viñeta de mezquina fertilidad en una página dantesca.

Piedra hacia lo alto, arena en las tierras bajas, angustia en todo. Silenciosos los indios; parecen hablar sólo con la imaginación; pero aman. Hay mujeres en el páramo, mujeres e instintos; nacen hijos; de leche de madres viven; saben llorar y aprenden a mirar desde su más tierna infancia.

Vienen los macayinos con su Santiago a cuestras hacia Pica; en angarillas lo conducen; no es muy grande la estatua, pero es grande la jornada y mucho pesa cuando entra en las sendas movedizas de la arena. Veinte hombres de obscuro color, de silencio de soledad punzante, marchan con él: son sus servidores. También avanzan mujeres; algunas con sus críos a cuestras; pechos fecundos o vacíos; hambre perpetua en los rorros, y llanto silente, sin expresión dentro del paisaje moribundo.

Han llegado a la planicie arenosa, sienten el cansancio; entonces las andas o angarillas pesan; se turnan con mayor frecuencia: deben llegar a Pica el día de San Andrés; si se retrasaran, tal vez enloquecerían. En Pica saben que arribarán y los esperan. San Andrés espera también en su templo. El recibirá a su hermano apóstol, respetará la etiqueta: es tradición, hay que cumplirla e historiarla.

Y hete que llega la caravana con sus rostros terrosos, sus ojos mansos y sus trajes de ceremonia: en sus chaquetas, colgajos varios, trapos colorados, espejuelos, cascabeles, sombreros mosqueteros. El santo antiguo, de fino rostro, nariz aguileña, veste oscura y amplia, adornada como la de sus devotos. Sobre la cabeza, un sombrero de plata de copa baja y plana, alas rectas y anchas; grande le queda el sombrero, le oculta los ojos y las orejas casi totalmente.

San Andrés, con sus morenos y el pueblo entero, ha salido a encontrarlo. El encuentro será un bello acto de fina cortesanía.

**E**ran extrañas y bellas las fiestas de La Tirana.

El puerto se movilizaba entero casi en su población y en carros subían hombres, mujeres, niños y perros a la pampa.

El derruido pueblo se encontraba en plena Pampa del Tamarugal, enclavado en medio de la angustia arenosa, al oriente de Pozo Almonte. Se llegaba a él por huellas donde los vehículos se hundían hasta los ejes.

Los tamarugos silenciosos y grises se agitaban entonces al paso de tanta multitud y de tantos carros. La chuca se adentraba en los pulmones, secándolos, carcomiéndolos. Y allá, en el pueblo, gris como todo lo que pertenece a esas tierras, estaban los bailes, las comparsas y las compañías, compuestos de hombres, mujeres, niños y niñas danzándole a la Virgen, trajeados de exóticas y estrambóticas vestimentas.

Allí estaban los “diablos” grotescos y chillones, haciéndoles cancha a los bailarines. Allá estaban devotos y devotas, arrastrándose desde el Calvario, elevado en las afueras del pueblo, hasta la iglesia, de rodillas, sangrantes las piernas, quejumbrosos, fatigados, vivas las lágrimas demarcando su tránsito en los rostros compungidos, tragediosos. Y allá estaba la Virgen, La Tirana, en un altar de una de las capillas laterales de la amplia iglesia de tres torres, engalanada de sedas, monedas y billetes, exhibiendo sobre su cuerpo de piedra las riquezas que el culto y la fe de tarapaqueños de todos los cantones, bolivianos, peruanos, pampinos e indígenas, le brindaban en el día del Carmelo. El niño, también, y la efigie del pastor que la descubriera, lucían sus ofrendas valiosas.



El recinto se llenaba de cantos:

*Dios te salve María,  
del Carmen bella flor.  
¡Salve, esperanza mía,  
salve, raudal de amor!  
¡Salve, esperanza mía,  
salve, raudal de amor!*

En los costados lucíanse las riquezas y las joyas de la santa, sederías auténticas de la China, estandartes. Allí estaba el maravilloso manto encarnado, bordado de oro y plata, que mandara a confeccionar al Oriente un ganadero de Tocopilla. Fastuosidad, espesura de almas en recogimiento, velas ornamentadas que se desangraban en sebo y rancios olores, como si en ellas se desangrara el propio tiempo.

Afuera, sonaban tambores, pitos, quenás, zampoñas, flautas y puzas, a cuyos ritmos dispares los danzantes de las diversas cofradías iban avanzando hacia la iglesia, turnándose para la ejecución de los himnos y ofrendas frente a la patrona divina.



Competían en vestimentas y galas los morenos, los chinos, los cuyacos, los lacas, los chunchos, los pieles rojas cruzados, los “pelegrinos”.

Era una fiesta pagana que el culto había convertido en religiosa. El pueblo de La Tirana, habitado por unas tres o cuatro familias de leñeros, con sus burros llagosos y rebuznantes, se atiborraba de romeros. Las casas semiderruidas eran alquiladas por metros y se llenaban de devotos que tendían allí sus jergones y cobijas. En las inmediaciones, cerca del hundido cementerio, se elevaban carpas, y los menos amparábanse bajo la umbría incipiente de los tamarugos y algarrobos.

De día, el sol quemaba como ascua violenta, enjutando la carne de romeros y bailarines. En la noche, el frío de la alta pampa hacía crujir los huesos, contrayéndolos, a punto de hacer saltar la médula. La iglesia, en medio de los cánticos y preces, amparaba a su vez a los visitantes piadosos, que se ahogaban entre humores de sudor, mugre y esperma quemada.

La geografía del desierto tenía el corazón marchito. En cada lugar alguien enterró un nombre como una semilla negra: Agua Amarga, Indio Muerto, Piedra Colgada, Mantos de la Luna, Pampa Remiendo, Infieles, Silencio, Lobo Muerto, Monte de la Pena, Llano de la Paciencia o Ultima Soledad, y cuando en las manos de todos floreció la costumbre, sólo entonces, en medio del viento y del hambre, entre la camanchaca y el llampo, apareció el salitre.

*Mario Bahamonde*



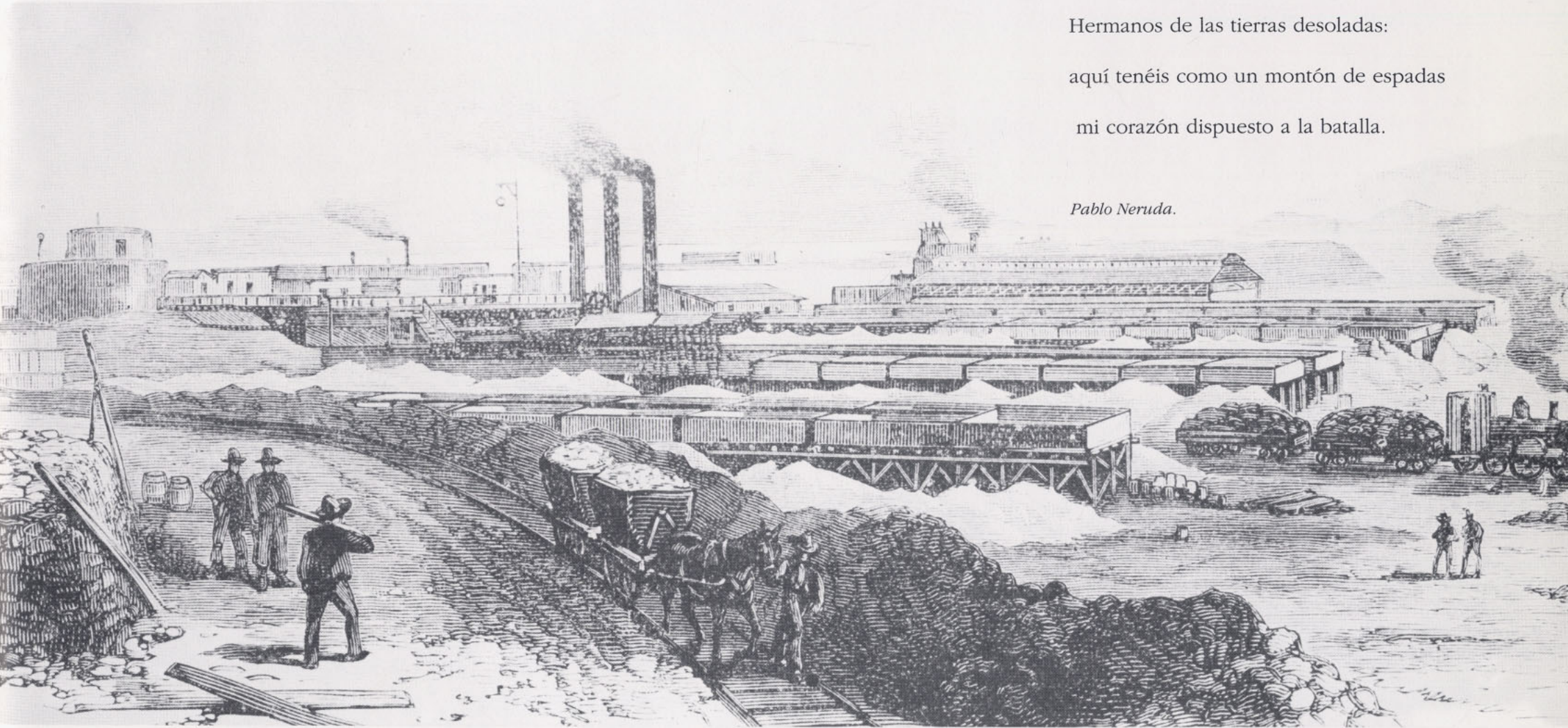
Salitre, harina de la luna llena,  
cereal de la pampa calcinada,  
espuma de las ásperas arenas,  
jazminero de flores enterradas.

Polvo de estrella hundida en tierra oscura,  
nieve de soledades abrasadas,  
cuchillo de nevada empuñadura,  
rosa blanca de sangre salpicada.

Junto a tu nívea luz de estalactita,  
duelo, viento y dolor, el hombre habita:  
harapo y soledad son su medalla.

Hermanos de las tierras desoladas:  
aquí tenéis como un montón de espadas  
mi corazón dispuesto a la batalla.

*Pablo Neruda.*



**D**esde el borde de la pampa hacia arriba, a poca altura, pero no más arriba, ni en la pampa misma, se encuentra el caliche, nombre que se da al salitre en su estado natural. La profundidad a que se encuentra es variable y puede ser de 1 a 5 m. Para extraerlo se hace un agujero hasta la “cova” -nombre del estrato en que reposa el caliche-, se agranda el hoyo en la parte inferior, se rellena éste con pólvora y se hace explotar. Cuando se hace esto, el humo y la tierra se ven desde lejos. Después los obreros rompen con barretas las piedras de caliche, y lo que se considera bueno para la lejía se lleva en carretas a las canchas, donde se rompe en pedazos más chicos que se ponen a hervir. La tierra que no contiene salitre se llama costra.

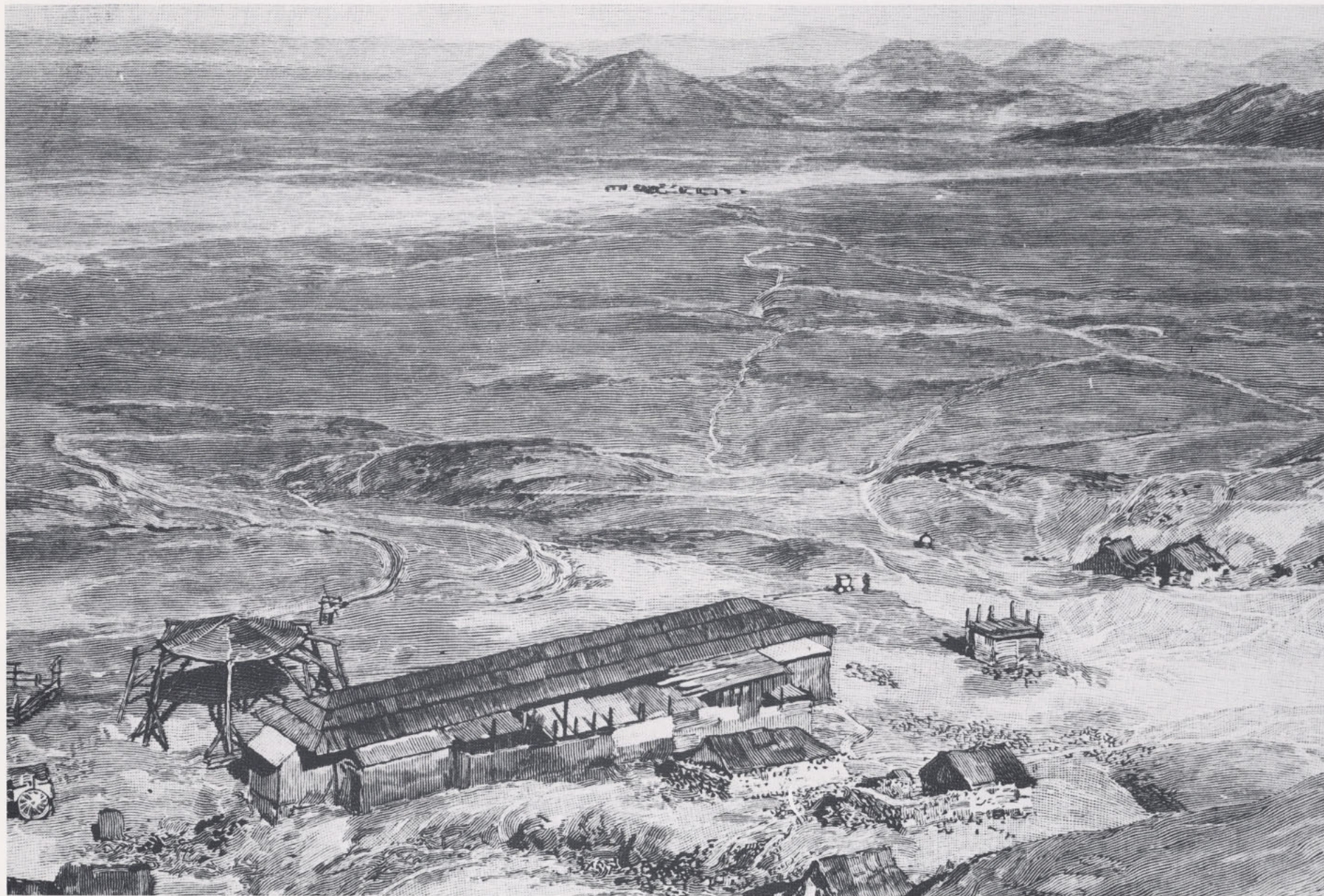
El caliche ya en trozos pequeños se pone en grandes fondos de lejía y se le añade “agua madre”; después se inyecta vapor caliente para que la solución se mezcle bien, y cuando la mezcla está bien espesa se vacía en toneles para aclararla.

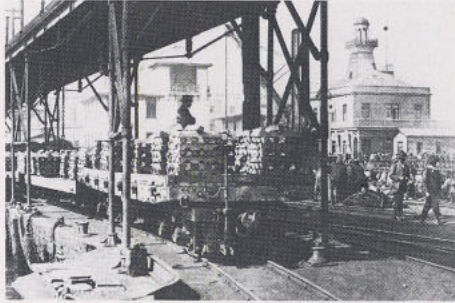
Después se traslada todo a otros recipientes, donde se enfría. Es en esos toneles de enfriamiento donde se sedimenta el salitre. El agua usada se vuelve a emplear y a la tercera vez se le agrega una cantidad de agua de pozo, ya sea en los fondos de aclarar o en los de hervir, según sea la concentración que tengan.











**B**uscamos cobre.

A mil metros sobre el mar, muradas por rocas ardientes, en la frontera de tres países, están las torres de perforación (...) Cuarenta hombres hay en el yacimiento.

Y ni una sola mujer.

Cuarenta hombres sobre la arena abrasadora calan barrenos con el acero agudo de las perforadoras. Alguno de ellos levanta los ojos de cuando en cuando y los deja ir, por encima de la escarpadura rocosa, hacia la lejanía. A unos cientos de pies, bajo el valle encajonado y fragoso, se extiende el desierto. A mitad de camino, hacia el horizonte, que brilla en colores encendidos, se distingue una sombra como una pincelada en la llanura amarilla e interminable. Es una caseta de tablas, ante la cual hay artesas en que echamos agua por medio de una larga tubería. Dos veces al mes pasa por la caseta la caravana de mulos, y abreva los animales antes de continuar lenta y cansinamente su camino...

*Theodor Plievier*

**E**stán redimiendo el cobre  
con las virtudes del fuego.  
De allí va a salir hermoso  
como nunca se lo vieron  
las piedras que eran sus madres  
y el que lo befó por necio.


Suba el Padre Cobre, suba,  
que naciste para el fuego  
y te pareces a él  
en el fervor de tu pecho.  
Todavía, todavía  
no confiesas el secreto  
del amor y de la fiebre  
que está en tus piedras gimiendo.  
Nadie te habrá dicho hermoso,  
porque el pecho no te vieron.

Día a día te volviste  
la pobre piedra quedada,  
la pobre piedra que duerme  
y dura y odia la llama  
y eres, ya, todos tus muertos  
antes de ser sepultada.

Helados, llanto y sonrisa,  
la oración y la palabra,  
el amanecer la siesta  
y la oración no arribada.  
Ya es lo mismo, ya es igual  
la mudez que la palabra.

*Gabriela Mistral*



An aerial photograph of a vast open-pit mine. The landscape is dominated by numerous terraced levels of earth and rock, creating a complex, stepped pattern. A network of dirt roads winds through the site, connecting different levels and sections. The terrain is arid, with sparse, dry vegetation. In the background, a range of low mountains stretches across the horizon under a clear sky. The overall color palette is earthy, with shades of brown, tan, and grey.

Para excavar los huesos minerales  
de la estatua enterrada por los siglos,  
el hombre construyó las galerías  
de un teatro vacío.

*Pablo Neruda*




104

Me da gusto barrenar  
en lo firme y en lo blando  
no siento horas trabajando  
para poder figurar.  
Me pongo a considerar  
los piques que hice primero  
después los cerros enteros  
vuelan con los explosivos  
perforando muy altivo  
soy de Chuqui gran minero.

Lienzos de cerros perforo  
con tino privilegiado  
y hago trabajos forzados  
en busca de los tesoros.  
Desde el cobre, plata y oro  
atropello firmes pastas  
sin tallas corto la lata  
saco bronces y aluminios  
son muy ricos los dominios.  
del cobre en Chuquicamata.

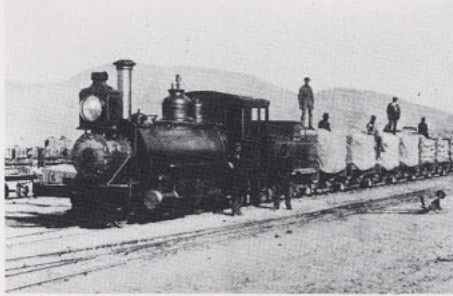
Considero los inventos  
de los yanquis colosales  
para fundir los metales  
la fundición es portento.  
Salen las barras por cientos  
que a nuestro Chile dilatan  
estos tesoros esmaltan  
los brillos del oro puro  
y en Chuqui bien de seguro  
saco el oro, cobre y plata.

También el bolfán figura  
entre las pastas nombradas  
con la pirita amasada  
sale el estaño en juntura.  
Sale el azogue en plomura  
y el borato entre veneros  
sale el sulfato, refiero  
con el rosicler precioso  
y entre cahes luminosos  
sale el sulfuro y acero.



Al fin el americano  
le da trabajo a cualquiera  
y de una u otra manera  
el pobre trabaja ufano.  
Y si en minas no es baquiano  
trabaja en la fundición  
y si le pone atención  
practica la ingeniería  
muchos chilenos hoy día  
tienen buena profesión.

*Abraham Jesús Brito*



...recuerdo los viajes de otro tiempo y el perfil de algunos caseríos se dibuja en la lejanía de los años. ¿Qué quedará de ellos ahora? Tal vez alguna Estación donde se detiene un tren de tarde en tarde, tal vez las ruinas de unas casuchas de adobe y unas latas que el viento golpea contra postes comidos por la polilla...Así me imagino, por ejemplo, que debe estar hoy Refresco.

En la línea del ferrocarril de Taltal a Cachinal, se hallaba Refresco, a 74 kilómetros del puerto. Se iba allí a tomar el Longitudinal, pero en ese tiempo yo sólo acompañé a mi padre en viajes a las salitreras o a minas de la región. Los viajes al Norte o al Sur los hacíamos en barco.

Mientras el tren se detenía en Refresco, aparecía la vida violenta y atareada de un pueblo típico (...) Las carretas y los jinetes se cruzaban; raro era que no estallara una riña en el polvoriento andén o que no se produjera un incidente cómico.



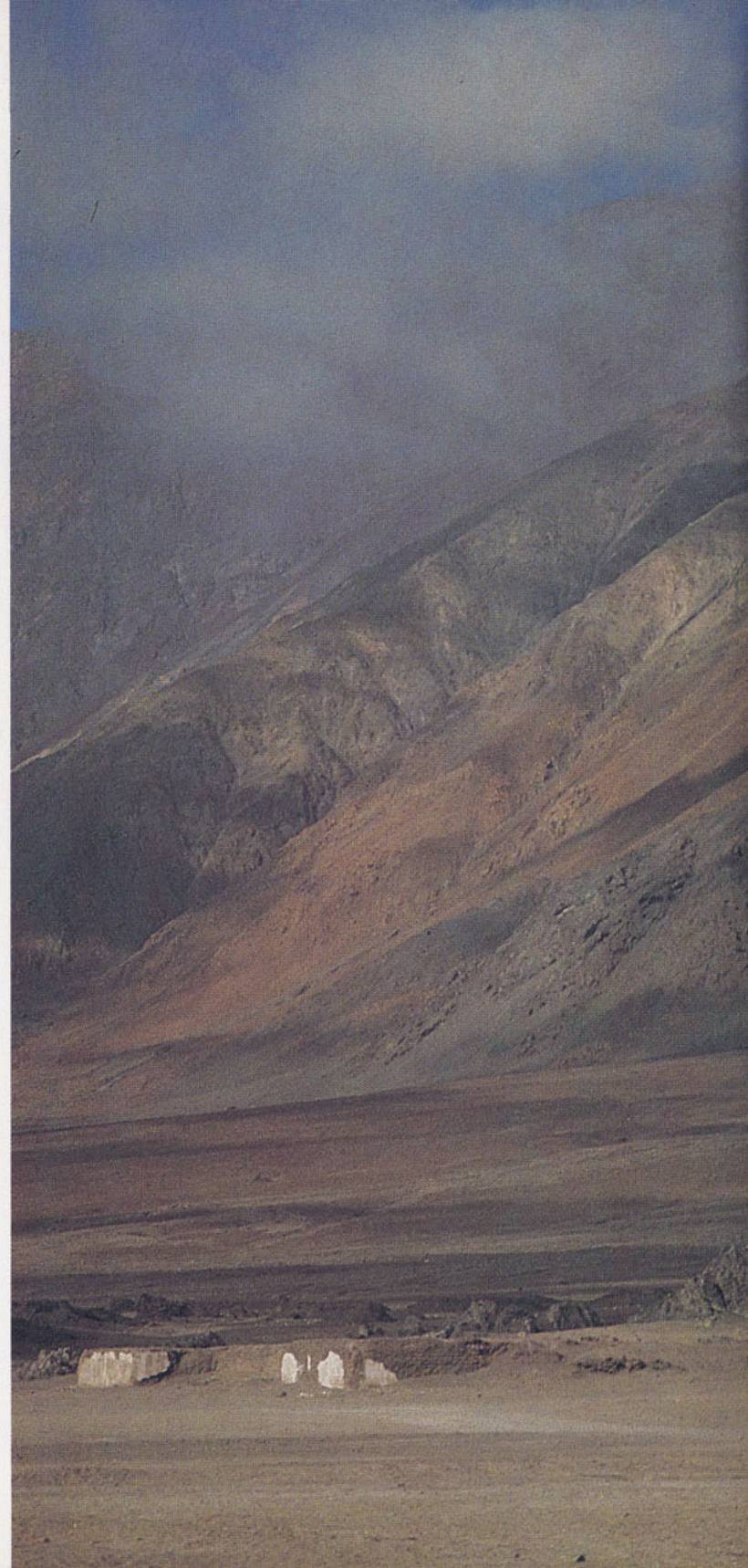


**L**a chuca, con la complicidad de los vientos pampinos, podrá borrar los caminos y quizás los cementerios de primitivo aspecto, pero las manifestaciones del esfuerzo y la pujanza del hombre que trabajó los inmensos calichales permanecerán como monumentos macizos, cuyas toscas facciones fueran labradas con pólvora y sudores, con sangre y dinamita, con voces y detonaciones, durante años de labor intensa, que un sol de veranos eternos chamuscó poniendo una costra gris sobre las pircas y los acopios abandonados.

Los tiempos de prosperidad, en que el “oro blanco” era esperado con ansias por los surcos abiertos de todos los países de la tierra, empezaron a esfumarse con la primera crisis. El éxodo de pampinos retornó a sus pueblos de origen. Los mismos barcos que diez o veinte años antes habían llevado al Norte a millares de hombres pletóricos de esperanza, trajeron después a los que habían escapado de la muerte oculta en las grietas de los días, en el estallido de la dinamita, en el hervor de los cachuchos, en los derrumbes fatales de las cuevas. Mutilados regresaban algunos, viejos la mayoría, pero todos manifestando, en arrugas profundas y tostadas, el agotamiento producido por la prolongada aventura.

Sobre la cubierta, sentados en sus camas o apoyados en la borda, tristes y vencidos, desmadejaron recuerdos.

*Homero Bascuñán*





## INDICE DE TEXTOS Y AUTORES

Pág.10

Gabriela Mistral: "La pampa del salitre"; en **Recados contando a Chile**, Selección, prólogo y notas de Alfonso M. Escudero, Santiago, Editorial del Pacífico, 1957.

13

Pablo Neruda: "Saludo al Norte"; en **Obras Completas**, Buenos Aires, Editorial Losada, 1967.

14

Pablo Neruda: "El desierto", **Canto General IV**, en **Obras Completas**; op. cit.

16

Alejandro Cañas: **Descripción general del Departamento de Pisagua**, Iquique, Imprenta de El 21 de Mayo, 1984.

18

Raúl Zurita: "El desierto de Atacama", **Purgatorio**, Santiago, Editorial Universitaria, 1979.

21

Luis González Zenteno: "El Norte Grande, su medio y su gente", en Nicomedes Guzmán, **Autorretrato de Chile**, Santiago, Editorial Zig-Zag, 1957.

22

Andrés Garafulic: **Carnalavaca. Novela de las tierras rojas**, Santiago, Editorial Nascimento, 1932.

25

Mariano Latorre: "Mar de los Chilenos", **Puerto Mayor y Chilenos del Mar**, Santiago, Editorial Zig-Zag, 1945.

26

Benjamín Subercaseaux: **Chile o una loca geografía**, Santiago, Editorial Ercilla, 1961.

29

Mariano Latorre: "Notas de la costa Norte", en **Memorias y otras confidencias**, Selección, prólogo y notas de Alfonso Calderón, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1971.

30

Mariano Latorre: "Los siete paisajes de Chile", en **Memorias y otras confidencias**, op. cit.

30

Gabriela Mistral: "Cordillera", **Tala**, Buenos Aires, Editorial Sur, 1938.

32

Luis Urzúa U.: **Arica Puerta Nueva**, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1957.

33

Luis Urzúa U.: **Arica Puerta Nueva**, op. cit.

35

Salvador Reyes: **Andanzas por el Desierto de Atacama**, Santiago, Editorial Zig-Zag, 1969.

36

Nicolás Ferraro: "Los títeres", **Tomás Godoy el empampado y otras historias del Salar Grande**, Santiago, Editorial Nascimento, 1979.

37

Andrés Garafulic: **Carnalavaca. Novela de las tierras rojas**, op. cit.

38

Nicolás Ferraro: **Terral**, Santiago, Editorial Alerce, 1959.

39

Antonio Rendic: "Remolino de la pampa"; en Andrés Sabella; **Semblanza del norte chileno**, Santiago, Editorial Universitaria, 1955.

41

Ernesto Murillo: "Río Muerto"; en Mario Bahamonde, **Antología de la poesía nortina**, Antofagasta, Universidad de Chile, 1966.

43

Mariano Latorre: "Los siete paisajes de Chile"; op. cit.

44

Eduardo Blanco-Amor: **Chile a la vista**, Santiago, Editorial del Pacífico, 1951.

46

Andrés Sabella: "Alabanza del pimiento", **Norte Grande. Novela del Salitre**, Santiago, Editorial Orbe, 1944.

47

Mario Bahamonde: "El río indígena", **Derroteros y cangalla**, Santiago, Editorial Nascimento, 1978.

48

Luis González Zenteno: "El Norte Grande, su medio y su gente"; op. cit.

51

Alfonso Calderón: "La llareta" (texto inédito).

53

Alfonso Calderón: "Las parinas" (texto inédito).

54

Mario Ferraro: "Fauna Simpática de Chile"; en Nicomedes Guzmán, **Autorretrato de Chile**, op. cit.

55

Andrés Sabella: "Guanacos", **Chile, fértil provincia**, Santiago, Editorial Zig-Zag, 1945.

56

Theodor Plievier: **En el último rincón del mundo**, Barcelona, Luis de Caralt editor, 1953.

57

Ernesto Murillo: **Cantan los peces. Cinco sonetos y un elogio al mar de Chile**, Santiago, Ismael Espinoza V. ediciones artesanales, 1984.

58

Gabriela Mistral: "Cormoranes", **Poema de Chile**, Santiago, Editorial Pomaire, 1967.

60

Mario Bahamonde: "Ala viva", **Derroteros y Cangalla**, op. cit.

61

Pablo Neruda: "Las gaviotas de Antofagasta", **Navegaciones y regresos**; en **Obras Completas**, op. cit.

62

Augusto D'Halmar: "Visión y audición de la pampa", en **Revista Zig-Zag**, Nº 1584, julio de 1935.

65

Andrés Sabella: "Las huellas", **Chile, fértil provincia**, op. cit.

66

Luis González Zenteno: **Caliche**, Santiago, Editorial Nascimento, 1954.

68

Abraham Quiroz: "Espistolario de su campaña como soldado raso durante toda la Guerra del Pacífico, 1879-1884", en **Dos soldados en la Guerra del Pacífico**, Buenos Aires, Ediciones Francisco de Aguirre, 1976.

Luis González Zenteno: **Caliche**; op. cit.

70

Pablo Neruda: "América no invocó tu nombre en vano", **Canto General**, en **Obras completas**; op. cit.

Carlos Pezoa Véliz: "El taita de la oficina", en Raúl Silva Castro, **Carlos Pezoa Véliz**, Santiago, Ministerio de Educación, 1964.

72

Nicolás Ferraro: "Los pampinos", en **Sed por dentro**, Santiago, Editorial Universitaria, 1959.

76

Alfonso Calderón: "Apocalipsis de Pampa Unión" (texto inédito).

78

Andrés Sabella: "La muerte no asusta a nadie", **Norte Grande. Novela del salitre**, op. cit.

80

Emilio Vaisse: "Mi pérdida en el desierto", **Recuerdos del Norte i El derrotero del Cenizal**. S.l.d.e, 1908.

82

Mario Bahamonde: **Pampinos y salitros**, Santiago, Editorial Quimantú, 1973.

84

Alfonso Calderón: "Imágenes de Arica" (texto inédito).

85

Luis González Zenteno: **Los pampinos**, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1956.

86

Andrés Sabella: "Mejillones", **Chile fértil provincia**, op. cit.

86

Ernesto Montenegro: **Memorias de un desmemoriado**, Santiago, Editorial Universitaria, 1969.

87

Theodor Plievier: **En el último rincón del mundo**; op. cit. Salvador Reyes: "El tesoro del brick"; **El Incendio del Astillero**, Santiago, Editorial Zig-Zag, 1964.

88

Andrés Sabella: "Pueblos"; **Chile, fértil provincia**; op. cit.

90

Luis Urzúa U.: **Arica Puerta Nueva**, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1957.

Andrés Sabella: "Pica", **Chile, fértil provincia**; op. cit.

Ernesto Silva Román: "Las ciudades que fueron", en Nicomedes Guzmán, **Autorretrato de Chile**; op. cit.

91

Pedro Humeres: "Parinacota", en Mario Bahamonde: **Antología de la poesía nortina**, Antofagasta, Universidad de Chile. Dep. de Extensión Universitaria, 1966.

93

Antonio Acevedo Hernández: "Desde Macaya viene San Santiago", **Retablo Pintoresco de Chile**, Santiago, Editorial Zig-Zag, 1953.

94

Nicomedes Guzmán: **La luz viene del mar**, Santiago, Imprenta Cultura, 1951.

96

Mario Bahamonde: "Les vengo a contar", en **Tierra y Sol, Homenaje a Mario Bahamonde**, Antofagasta, Colección Hacia, 1980.

97

Pablo Neruda: "Salitre", **Obras Completas**; op. cit.

98

Federico Philippi K.: "Viaje por el desierto de Atacama", en **Revista Chilena de Historia y Geografía**, Santiago de Chile, Nº 143, 1975.

101

Theodor Plievier: "Mulacho", **12 hombres y un capitán**, Santiago, Empresas Letras, s.a.

102

Gabriela Mistral: "Cobre", **Poema de Chile**; op. cit.

103

Pablo Neruda: "La noche de Chuquicamata", **Canto General**, en **Obras Completas**; op. cit.

104

Abraham Jesús Brito (poeta popular): "Minero en Chuqui", en Miguel Jordá: **La Biblia del pueblo**, Santiago, Editorial Salesiana, 1978.

106

Salvador Reyes: **Andanzas por el desierto de Atacama**; op. cit.

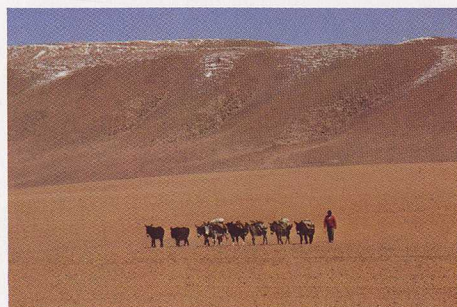
108

Homero Bascuñán: "La pampa en el recuerdo", en Nicomedes Guzmán, **Autorretrato de Chile**; op. cit.

## CREDITOS FOTOGRAFICOS

Archivo Biblioteca Nacional: págs. 71, 72, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 96, 97, 100, 101, 106. Archivo Editorial Antártica: págs. 32, (F. Plá), 58 (N. Piwonka). Bob Borowics: págs. 48-49. Codelco: págs. 102-103, 104. Difrol: pág. 32. Mario Irrarázabal: págs. 24-25, 55, 88-89, 90, 98-99. Juan Mezza Lopehandia: Sobrecubierta y págs. 18-19, 37, 70, 76, 77. Nicolás Piwonka: págs. 10, 12-13, 14, 15, 17, 20, 23, 26-27, 28-29, 31, 33, 34-35, 36, 38, 39, 40-41, 42-43, 45, 46, 47, 50, 52, 53, 56, 59, 61, 63, 64, 65, 68, 69, 74, 78, 79, 81, 91, 92, 94, 95, 105, 107, 108, 112 y detalle sobrecubierta.

EDITORIAL ANTARTICA  
SANTIAGO DE CHILE



Se terminó de imprimir  
esta edición de 3.000 ejemplares  
en el mes de julio de 1991  
Santiago de Chile

**EDITORIAL ANTARTICA**